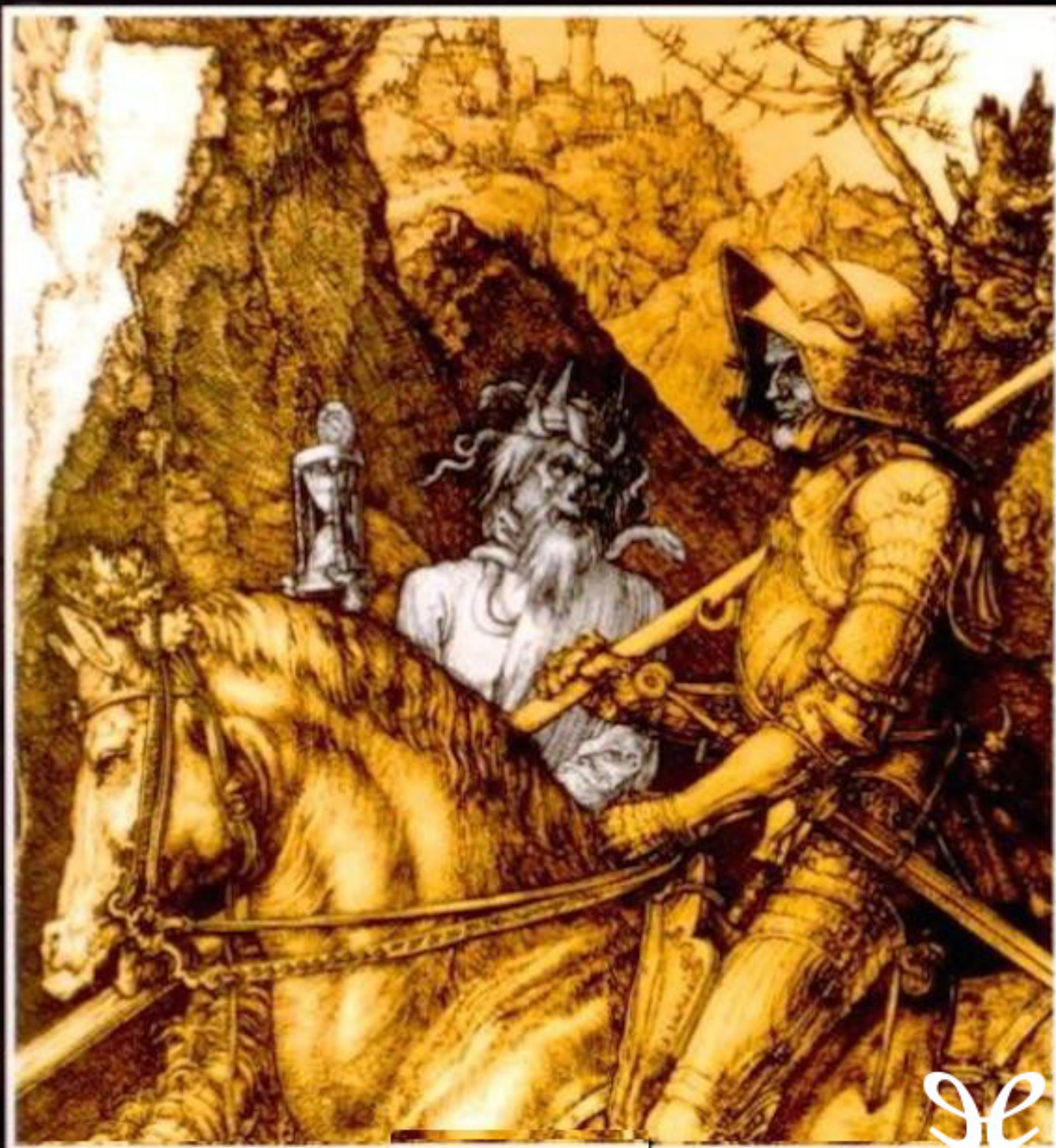


Leonardo Sciascia
**EL CABALLERO
Y LA MUERTE**



En esta novela de fantapolítica, su protagonista, Vice —un fumador empedernido que tiene colgado en su despacho el grabado de Durero *El caballero, la muerte y el diablo*—, es un vicecomisario de policía cansado y escéptico, carcomido por el cáncer, que investiga el laberíntico asesinato de un poderoso abogado y político, crimen aparentemente cometido por unos terroristas que se hacen llamar «Los hijos del 89», y que se identifican con la revolución Francesa. En esta ficción policíaca cunde un ágil y cáustico sarcasmo, una amarga reflexión sobre la desconcertante verdad de los seres humanos en un mundo donde «el diablo estaba tan cansado que prefería dejarlo todo en manos de los hombres, más eficaces que él».



Leonardo Sciascia

El caballero y la muerte

ePub r1.1

Sibelius 10.07.14

Título original: *Il cavaliere e la morte*

Leonardo Sciascia, 1988

Traducción: Ricardo Pochtar

Ilustración de cubierta: *El caballero, la muerte y el diablo* (1513) de Albrecht Dürer (Durero), grabado en tabla, 250 × 190 mm.

Editor digital: Sibelius

ePub base r1.0



Recuerdo que cierta vez un viejo obispo danés me dijo que hay muchos caminos para llegar a la verdad, y que el borgoña es uno de ellos.

Karen Blixen, *Siete cuentos góticos*

Cuando alzaba la vista de los papeles, y sobre todo cuando apoyaba la cabeza contra el borde del alto y duro respaldo, lo veía con nitidez, en todos los detalles, en todos los signos, como si su mirada se hubiera vuelto sutil y puntiaguda y el dibujo renaciese con la misma precisión y meticulosidad con que, en el año 1513, lo grabara Alberto Durero. Lo había comprado, hacía muchos años, en una subasta, por ese repentino e irreflexivo deseo de posesión que a veces lo asaltaba frente a un cuadro, un grabado o un libro. Lo había disputado a los otros interesados, y casi había llegado a odiar al más porfiado, que acabó cediéndoselo por un precio que, por equivaler a dos meses de su sueldo, le había inquietado un poco en el momento de pagar. Enorme no sólo con respecto a sus medios, aunque ahora, por el aumento vertiginoso de la inflación y por la multiplicación del valor de las obras de Durero y de cualquiera de los grandes grabadores, se hubiera vuelto irrisorio. Lo había llevado consigo cada vez que había cambiado de destino, de despacho, y siempre lo había colgado en la pared situada frente al escritorio. Pero de todos los que a lo largo de los años habían entrado en su despacho sólo uno (un ingenioso estafador que aceptaba alegremente el destino que de aquel despacho lo enviaría a hospedarse por unos años en una inhóspita cárcel) se había detenido a mirarlo y valorarlo: eso, a valorarlo según los últimos catálogos de los marchantes de grabados de Zürich y París.

Aquella valoración lo había alarmado un poco: en un arranque de mezquindad, de avaricia, había decidido llevárselo a casa; pero en seguida lo había olvidado. Ya estaba acostumbrado a tenerlo delante en las muchas horas que pasaba en el despacho. *El caballero, la muerte y el diablo*. Detrás, en el cartón que servía de protección, estaban los títulos, escritos con lápiz, en alemán y francés: *Ritter, Tod und Teufel*; *Le chevalier, la mort et le diable*. Y, misteriosamente: *Christ? Savonarole?* ¿Acaso el coleccionista o el marchante que se había interrogado sobre esos nombres pensaba que el pintor había querido simbolizar a uno o a otro en el caballero?

Era lo que a veces se preguntaba al contemplar el grabado. Pero ahora, con la cabeza apoyada contra el borde del respaldo por la fatiga y el dolor, lo miraba meditando sobre el hecho de haberlo comprado años atrás. La muerte; y aquel castillo allá arriba, inalcanzable.

Tras los muchos cigarrillos fumados durante la noche, el dolor de siempre había perdido consistencia, pesadez, hasta decolorarse en un tormento más difuso. Sí, los colores podían usarse para nombrar las diversas cualidades del dolor, su mutación. Ahora había pasado del violeta al rojo: un rojo llama cuyas lenguas lamían repentinamente cualquier parte de su cuerpo, para estrecharla o extinguirse.

Con gesto automático encendió otro cigarrillo. Pero lo habría dejado consumirse en el cenicero si el Jefe, al entrar, no le hubiese reprochado, como siempre, lo mucho que fumaba y el daño que le hacía. Vicio estúpido, vicio mortal. Él, el Jefe, había dejado de fumar hacía apenas seis meses. Estaba muy orgulloso: tan grande como el sufrimiento que aún sentía era la especie de envidia, de rencor, que lo invadía cuando veía fumar a los otros; un sentimiento que avivaba el hecho de que ahora realmente el olor a tabaco le molestaba hasta darle náuseas, mientras que el recuerdo de sus épocas de fumador le evocaba una suerte de paraíso perdido.

—¿Acaso no siente que se ahoga? —dijo el Jefe.

El Vice cogió el cigarrillo del cenicero y aspiró voluptuosamente. Sí: se ahogaba. El cuarto estaba lleno de humo, más denso alrededor de las lámparas aún encendidas, y que como una diáfana cortina velaba los cristales de la ventana por donde se filtraba, cada vez más intensa, la claridad matinal. Volvió a aspirar.

—Comprendo —dijo el Jefe con tolerante tono de superioridad— que no tenga suficiente fuerza de voluntad para dejar de fumar del todo, pero buscarse con tanta terquedad y exceso una muerte como ésta...

Mi cuñado... —Lo del cuñado, fumador empedernido que había muerto hacía unos meses, sólo era una fachada delicada para no referirse directamente a la enfermedad que estaba conduciendo al Vice hacia una muerte inexorable.

—Lo sé, éramos amigos... Supongo que usted ya habrá escogido su forma de morir. Un día de estos le pediré que me hable de ella: quizás hasta me convenza.

—No la he escogido, no se puede escoger; pero como he dejado de fumar confío en que moriré de otra manera.

—Sin duda, sabrá usted que fueron los judíos conversos quienes inventaron la inquisición católica en España.

No lo sabía. Así que dijo:

—Entre nosotros, nunca he sentido demasiada simpatía por los judíos.

—Lo sé. Pero al menos esperaba que tuviera algún interés por los conversos. —Eran casi colegas, se conocían desde hacía muchos años; por eso se permitía, sin maldad, ciertas impertinencias, ironías, frases no exentas de mordacidad. Y el Jefe no les hacía caso por el respeto que le infundía la incomprensible lealtad del Vice para con él. Nunca había conocido a un Vice tan leal: al principio se había devanado los sesos tratando de descubrir a qué podía deberse; pero ahora sabía que no había ninguna causa oculta.

—Pues, conversos o no, no me inspiran ninguna simpatía. Usted, en cambio...

—Yo, en cambio, judíos o no, los que no me inspiran simpatía son los conversos: el que se convierte siempre se convierte a lo peor, aunque parezca lo mejor. Lo peor, en quien es capaz de convertirse, siempre acaba siendo lo peor de lo peor.

—Pero esto no tiene nada que ver con convertirse a no fumador, suponiendo que convertirse sea en general una ignominia.

—Sí que tiene que ver, puesto que el que se convierte empieza a perseguir a los que siguen fumando.

—¡Cómo que perseguir! Si yo estuviese en eso, estas oficinas estarían llenas de letreros de *prohibido fumar*; y no sé si no debería hacerlo, aunque le cargue, por su bien. Porque si digo estas cosas es por su bien: mi cuñado...

—Lo sé.

—Pues entonces no insistiré. En cuanto a su filosofía de la conversión, tengo argumentos que me permitirían destruirla así —y para mostrar lo fulmineo de la destrucción hizo un chasquido con el índice y el pulgar. Era un gesto frecuente en él, porque había muchas cosas que se proponía destruir; el Vice, que a veces trataba de imitarlo sin lograr nunca ese chasquido, se lo envidiaba puerilmente—. Pero nos espera algo muy distinto. Acompáñeme.

—¿Adónde?

—Creo que ya lo sabe. Vamos.

—¿No es un poco temprano?

—No, ya son las siete: he perdido tiempo adrede con su filosofía.

«Temprano, siempre temprano.» Detestaba la costumbre policial de ejecutar las órdenes de captura, los registros domiciliarios e incluso los reconocimientos o las inspecciones de rutina, a primeras horas de la mañana y, muchas veces, en plena noche; pero para sus colegas y subordinados aquello era un placer que no estaban dispuestos a perderse por mínima que fuese la ocasión, por difícil que resultara justificarlo. Aquel golpear con fuerza una puerta al otro lado de la cual desprevenidas familias estaban entregadas al reposo, al sueño: y en la hora en que el sueño, liberado ya del peso de la fatiga, se volvía menos opaco, más transparente al mundo onírico, más placentero; la alarmada pregunta *¿quién es?* y la solemne y estentórea respuesta: *policía*; aquel entreabrirse de la puerta, aquellos ojos soñolientos que acechaban con desconfianza; el violento empujón contra la puerta, la irrupción; y ya dentro el agitado despertar de toda la familia, las voces de miedo y estupor, el llanto de los niños... Por un placer como ése nadie, por alta o baja que fuese su graduación, lamentaba haber tenido que renunciar al propio sueño; pero al Vice, amén de que le gustaba dormir —después de haber leído al menos una hora— entre medianoche y las siete, aquello le producía una sensación de vergüenza lindante con la angustia, por sí mismo, cuando raramente le tocaba participar en este tipo de operaciones, y siempre por el cuerpo al que pertenecía.

—Son las siete —dijo el Jefe— y se tarda casi media hora para llegar a Villaserena. Además, dadas las circunstancias, no puedo permitirme ninguna delicadeza especial, ni siquiera por tratarse de él.

—Ya nos la hemos permitido —dijo irónicamente el Vice—, si no se tratase de él ya haría tres horas que estaríamos allí y le habríamos revuelto toda la casa.

—Seguro —dijo el Jefe, con un cinismo que sabía a resentimiento.

En el patio —un bello patio barroco enmarcado por armoniosos soportales— los esperaba el coche negro. Al agente que conducía no tuvieron que decirle adónde iban: todos lo sabían, en aquel edificio que se estaba despertando y zumbaba como una colmena. ¿Cuántos telefonazos —se preguntó el Vice— habían salido ya de aquel edificio para anunciar al Presidente la visita que estaba por recibir? El Presidente: no era necesario añadir de las Industrias Reunidas, porque en aquella ciudad el presidente por antonomasia era él; sólo para el resto de los presidentes era necesario especificar, incluso en el caso del de la República.

Durante la media hora del trayecto no hablaron; una auténtica carrera, por entre el tráfico que empezaba a animarse. El Jefe desenrollaba y arrollaba y no paraba de enrollar lo que pensaba decirle al Presidente: la preocupación se le leía en la cara como un dolor de muelas. Y el Vice lo conocía tan bien que podía descifrar minuciosamente esa preocupación: casi palabra por palabra; con todas las tachaduras, las correcciones y las sustituciones que se imponían. Un verdadero palimpsesto.

Llegaron a la mansión. El agente que conducía (de pronto no me atrevo a utilizar la palabra chófer, y lamento haberla utilizado otras veces; pero ¿se puede volver a decir, como se decía en mi infancia, mecánico?) bajó y oprimió, larga e imperiosamente, el timbre de la portería. El dolor de muelas se volvió lancinante: ¡así no, por Dios! Hay maneras y maneras. Pero no dijo nada, por respeto a la costumbre.

Cuando apareció el portero, el Jefe se limitó a decir su nombre. Pensó que no pronunciar la palabra policía era de elemental delicadeza tratándose del Presidente: pero el portero tenía ojo clínico y bastante experiencia como para comprender que debía anunciar a dos señores de la policía, aunque como buen meridional le costara un poco pronunciar, por cierto con un deje de desprecio, la palabra señores. Regresó sin decir nada: abrió la verja y con un gesto les indicó que podían avanzar por la alameda, hasta la mansión que, al final de la arbolada perspectiva, destacaba con todo su encanto, su canto («cuando un edificio canta, es arquitectura»).

Todo era de un rococó frágil, musical, «cantado»: amplio vestíbulo, escalinata, pasillos, bibliotecas, estudio del Presidente.

No tuvieron que esperar mucho: el Presidente apareció silenciosamente desde detrás de una cortina. Llevaba un cómodo batín pero ya estaba afeitado y listo para vestirse con esa severa y segura elegancia que las revistas de moda —una moda que a fuerza de variar ya casi ha dejado de ser tal— le reconocían. Y a su alrededor aleteaba el fastidio por haber tenido que demorar la habitual, puntual, casi legendaria salida matinal en dirección al rascacielos de las Industrias Reunidas, desde cuyo piso más alto, que casi limitaba con el cielo, adoptaba las cotidianas y siempre justas decisiones por las que todo el país se mantenía en el filo de la riqueza: aunque eso sí, con el precipicio de la miseria por un lado, y el de la peste por el otro.

—¿A qué debo el placer de esta insólita visita? —preguntó el Presidente al tiempo que estrechaba largamente la mano del Jefe y fugazmente la del Vice; y pronunció la palabra insólita como si estuviera materializándola en enfática cursiva.

El Jefe gesticuló, y de su mente —como escapa el hidrógeno de un globo pinchado— escapó todo el discurso que tenía preparado. Dijo:

—Usted conocía bien al abogado Sandoz, y...

—Somos amigos —dijo el Presidente—, pero en cuanto a conocerlo bien... Ni siquiera a los propios hijos se los conoce bien, mejor dicho, siempre se los conoce mal, muy mal... En suma: el abogado Sandoz es amigo mío, nos vemos a menudo, tenemos intereses, si no en común, al menos contiguos. Pero me parece que usted ha dicho conocía: o sea que...

El Jefe y el Vice cruzaron una rápida mirada de inteligencia. En sus mentes habituadas a desconfiar, a sospechar, a tender celadas de palabras o atrapar algunas que podían convertirse en trampas, pasó rauda la certeza de que el Presidente ya estaba enterado —como era obvio, porque sin duda no le faltaban devotos en la policía— de la muerte de Sandoz: lo raro era que tratase de mostrar que lo ignoraba. Pero el Jefe desechó en seguida esa idea pensando que el Presidente, por su parte, tenía una mente habituada a no comprometer a sus informadores. Dijo:

—Lamentablemente, el abogado Sandoz ya no existe: lo mataron esta noche, al parecer después de las doce.

—¿Lo han matado?

—Lo han matado.

—¡Increíble!... Lo dejé poco antes de medianoche, nos despedimos a la salida del restaurante. La cocina tradicional... ¡Lo han matado! Pero ¿por qué?, ¿quién?

—Si lo supiésemos no estaríamos aquí fastidiándolo.

—¡Increíble! —volvió a decir el Presidente. Pero se corrigió:— Lo de increíble es un decir: en este país nuestro ya todo es creíble, todo es posible... Yo... —el Vice pensó que estaba dudando entre fingir que se disponía a despedirlos y demostrarles que había comprendido que aquello no era todo, que había otras preguntas a las que debería responder. Decidió fingir, apoyando las manos en los brazos de la butaca, como para ponerse de pie y despedirlos pero con tanta torpeza que el Jefe lo captó intuitivamente y, sin darse cuenta, se libró del empacho en que había estado sumido hasta ese momento. Como siempre que iba a iniciar un interrogatorio, se arrellanó en la butaca como si fuera a embutirse en ella, y su voz adquirió la habitual vibración que significaba *digas lo que digas has de saber que no estoy aquí para creerte*. La introducción que tenía preparada («Hemos venido a importunarlo, a estas horas inconvenientes, para preguntarle algo que quizá no signifique nada, pero que también puede ser un punto de partida para la investigación; investigación que, claro está, de todas formas no lo afectaría a usted, a su persona...») quedó eliminada y dijo:— En un bolsillo de la chaqueta de Sandoz hemos encontrado esta nota —y la extrajo del suyo: un rectángulo de color marfil—. De un lado, escrito a máquina, está su nombre: *Ingeniero Cesare Aurispa, Presidente I. R.*; al dorso, escrito a mano, *Te mataré*... Está claro que se trata de una tarjeta para indicar la ubicación en la mesa; pero ¿qué significa ese *Te mataré*?

—Habrá pensado que se trata de una amenaza ejecutada de inmediato. Por mí mismo, desde luego —el Presidente se echó a reír: con ironía, amargura, indulgencia.

La rudeza profesional del Jefe desapareció al instante. Protestó azorado:

—Pero qué dice... ¡Por favor!... Jamás me permitiría pensar...

—No, no —dijo generosamente el Presidente—, puede permitírselo. Sólo que sería un error: y un hombre que desempeña sus funciones puede enamorarse incluso de los errores, puede cultivarlos como flores y ponerse alguno en el ojal. Me parece normal. Muy normal. Y así es como a veces las cosas más simples se vuelven endiabladamente complicadas... Ha entendido bien: esa tarjeta indicaba mi ubicación en la cena de anoche, organizada por la asociación cultural que lleva el nombre del conde de Borch; y el *Te mataré* lo escribí yo. Era una broma entre Sandoz y yo, que le explicaré en seguida... Entregué la nota a un camarero para que se la llevase al pobre Sandoz, que estaba al otro lado de la mesa, a unas cinco o seis sillas de la mía... La broma era ésta: ambos fingíamos cortejar a la señora De Matis; y como a la señora, tal como había sucedido en otras cenas de ese tipo, la habían sentado junto a él...

—Así que fingían cortejarla —dijo el Jefe con una pizca de desconfianza: inopinada intromisión del oficio. De hecho, el Presidente se picó.

—Puede usted creermelo; por lo demás, basta con mirar a la señora... —acotó, casi con disgusto.

—No me atrevería a dudarlo —dijo el Jefe.

Pero el Vice pensó: has dudado, aún dudas; honras a tu oficio, al nuestro. Y faltando a su decisión de no hablar, se permitió hacer una pregunta policial, en forma de comprobación, de afirmación:

—Y el abogado Sandoz respondió escribiendo en la tarjeta que tenía sobre la mesa...

El Jefe le echó una mirada de reprobación; otro tanto hizo el Presidente, que justo entonces pareció percibir su presencia.

—Sí, siguiendo con el juego, me respondió, que aceptaba el riesgo, o algo por el estilo.

—Pero usted no ha conservado la notita.

—La dejé sobre la mesa, quizá metida en el pequeño soporte de metal que tenía forma de flor, si mal no recuerdo.

—El pobre abogado Sandoz, en cambio, se metió en el bolsillo la que le había enviado usted: sin darse cuenta, en un gesto automático —dijo el Jefe, sin que la frase servil lograra disimular cierta incredulidad, cierta sospecha.

—Eso: sin darse cuenta, con gesto automático —aprobo el Presidente.

—¡Qué problema! —dijo el Jefe.

—¿Y usted ha venido a verme creyendo que yo era la solución? —Preguntó el Presidente: con ironía, con enfado, casi colérico.

—Pero no, de ninguna manera: sólo he venido porque era necesario aclarar en seguida este detalle, descartarlo; para seguir otra línea de investigación, de búsqueda...

—¿Entonces tienen otro punto del que partir?

—De momento, ninguno.

—Cualquiera que sea su valor, y creo que no es mucho, quizá yo pueda proporcionarle uno. —Guardó

un largo silencio, sumiendo al Jefe en una ansiedad que al Vice le pareció demasiado expresiva para ser verdadera; también el rostro del Presidente se volvió demasiado expresivo: de promesa por lo que se disponía a revelar, y de pesar por lo exiguo de la revelación. Y de hecho, dijo—: No es que me parezca un punto de partida sólido, incluso me parece que es una broma: así lo calificó el pobre Sandoz cuando me lo mencionó... —(otra broma, pensó el Vice: esta gente se pasa la vida bromeando)—. Anoche mismo, al salir del restaurante, me dijo que lo habían amenazado por teléfono, quizás una vez, o varias, no recuerdo bien, de parte de... Déjeme que recuerde de parte de quién, porque no puede haber sido, como me parece recordar en este momento, de parte de *los muchachos del noventa y nueve*... No, no puede ser: *los muchachos del noventa y nueve* eran los llamados a filas después de Caporetto, en 1917: el Piave murmuraba, etcétera... Los que aún estén vivos de aquellos muchachos deben de andar por los noventa; además sería una referencia a un hecho ya tan indecentemente patriótico... No es posible... Déjeme pensar... —lo dejaron pensar. Hasta que vieron cómo el recuerdo atrapado iluminaba al fin su rostro—. Ya está: *los muchachos del ochenta y nueve*, creo... Sí, del ochenta y nueve... Pero ahora que lo pienso, no los muchachos, sino los hijos, quizá...

—*Los hijos del ochenta y nueve* —repitió el Jefe saboreando las palabras, pero sintió la amargura de lo incomprensible—. El ochenta y nueve, pues; o sea los hijos de este mismo año: 1989.

El Vice, que ante el producto de los esfuerzos memorísticos del Presidente había pensado que hubiera tenido que resultarle más fácil recordar el 89, cuya fiesta de Año Nuevo se había celebrado hacía apenas unos días, que el 99 del Piave, se oyó decir:

—De 1789, más bien. Una buena idea.

Ni el Jefe ni el Presidente apreciaron la intrusión.

—Usted siempre piensa en la historia —dijo el Jefe.

Y el Presidente:

—¿Qué idea?

—La de 1789. ¿De dónde se puede extraer a estas alturas la idea de la revolución, sino de aquella? Ya falta muy poco para afirmar que, como en otros tiempos se decía de cierta bebida, fue la primera y sigue siendo la mejor... Sí, una buena idea.

—Yo no diría que tan buena —dijo el Presidente, e hizo como que espantaba una mosca molesta.

—Ya se trate de 1989 o de 1789 —dijo el Jefe—, eso lo veremos después, incluso puedo decir que lo sabremos pronto... Lo que importa aquí y ahora, también para no seguir haciéndole perder su precioso tiempo, sólo es esto: saber qué fue exactamente lo que, con respecto a estos hijos del ochenta y nueve, a sus amenazas, le confió anoche el pobre abogado Sandoz.

—Por favor, no hablemos de confidencia: me lo comentó con cierta despreocupación, con cierto desenfado. Como ya le he dicho, creía que se trataba de una broma.

—Pues no lo era —dijo el Jefe, agarrándose de pronto, aunque ya se veía que no los soltaría fácilmente, de *Los hijos del ochenta y nueve*. Como un mastín.

—Eso es todo lo que puedo decirle —dijo el Presidente al tiempo que se ponía de pie—. Pruebe con los otros amigos del pobre Sandoz, con sus colaboradores inmediatos.

—Y así —dijo el Vice—, nuestro Presidente sale de escena.

—¿Usted querría retenerlo?

—No; sólo que hay algunas cosas que despiertan mi curiosidad.

—Pues guárdese las —dijo el Jefe con tono tajante e irritado; y remató—: Conozco bien su curiosidad: se fija en cosas tan sutiles que ni siquiera se ven.

—Razón de más para satisfacerla.

—¡De ninguna manera! No las veo yo, y no las ve ningún hombre con sentido práctico, pero el objeto de su curiosidad siempre acaba por darse cuenta. Y eso complica bastante las cosas. Para los curiosos.

—Ya entiendo —dijo el Vice. Estaba distrayéndose un poco. Ahora que el dolor se había instalado en él y le sugería colores, imágenes y sobre todo pensamientos (aunque no durante las horas de la noche, en las que parecía ilimitado y llegaba hasta cualquier punto de la mente y del universo), lo sentía y lo veía como una lenta ola que avanzaba y se retiraba: gris, plomiza. Pero la conversación con el Presidente, que lo había hecho salir de aquel estado obligándolo a tamizar cada detalle, había sido una verdadera distracción, que ahora prolongaba en su diálogo con el Jefe. Trató de halagarlo—: Estoy seguro de que también usted tiene una curiosidad.

—Por una vez hagamos una excepción: dígame cuál es esa curiosidad que, según usted, compartimos.

—La de saber qué decía exactamente la nota que Sandoz envió a Aurispa.

—Sí, quizá sienta esa curiosidad; pero es algo personal, un capricho que no tiene nada que ver con la investigación que debemos iniciar.

—Pero ¿siente o no siente esa curiosidad?

—Reconozco que la siento, pero al Presidente le caería mal que investigásemos por ese lado.

—Ha estado tan vago, tan indiferente con respecto a la respuesta de Sandoz que, por jocosa que haya sido, para nosotros es lo último que escribió un hombre que poco después fue asesinado... Yo diría que estamos obligados a hacer una verificación: mera rutina. En suma, para poder archivar el asunto.

—Vale, lo dejaré delante del restaurante y le enviaré dos hombres para que lo ayuden a buscar. Pero le recuerdo, una vez más, que esa nota no tiene nada que ver con nuestra línea de investigación.

—¿Así que ya tiene una línea?

—La tendré, digamos que dentro de dos o tres horas.

—¡Dios mío! —invocó el Vice.

Al Jefe se le leía la furia en la cara, pero prefirió encerrarse en un silencio hostil. Después, cuando ya estaban frente al restaurante La Nueva Cocina y el Vice se disponía a bajar, preguntó:

—¿Qué es lo que no lo convence?

—Los hijos del ochenta y nueve. Si usted empieza a mencionarlos a diestro y siniestro, ya verá qué éxito: surgirán a puñados, desde Pachino hasta Domodóssola.

—Pero no los mencionaré, salvo que los amigos y los colaboradores de la víctima me confirmen la historia y añadan más detalles importantes.

—Creo que tendrá la confirmación y también todos los detalles.

—He de decirle que nunca lo he visto tan optimista como ahora.

—Sin embargo, permítame informarle que nunca he sido tan pesimista.

—Por favor —rogó el Jefe, pero sonó como una orden—, no me caliente tanto la cabeza.

El Vice hizo un gesto de sumisión, de obediencia. Y se dirigió prestamente al café de al lado para telefonear al propietario del restaurante y decirle que fuera a abrirlo, y entretanto tomar algo.

La claridad de la mañana era vítrea, gélida; y gélidos eran los agujones que se clavaban en los huesos, en las articulaciones. Pero esos dolores excéntricos, periféricos, tenían la virtud de atenuar el dolor central y atroz, o al menos se lo hacían creer.

Se bebió, una tras otra, dos tazas de espeso café. Decían que el café agudizaba los dolores, pero a él le daba la lucidez necesaria para poder soportarlos. Entretanto, pensaba en la basura que dentro de poco exhibirían ante él. La ciencia de la basura, la *garbage science*. Una parábola, una metáfora: ya vamos a por la basura: la buscamos, la manipulamos, la interpretamos; esperamos que nos proporcione algún vestigio de verdad. Las inmundicias. Un periodista buscó los secretos de la política más secreta entre las inmundicias de Henry Kissinger; la policía norteamericana había buscado los secretos de la mafia de origen siciliano entre las de Joseph Bonanno. «La basura nunca miente»: ya se había convertido en un precepto sociológico. Sin embargo, la de Bonanno había mentido al policía Ehmann: *Call Titone work and pay scannatore*. Nada más claro, según Ehmann: si en italiano *scannare* significa *degollar*, *scannatore* es el que se ocupa de degollar. Al menos había que conocer *L'aria del continente*, comedia de Martoglio basada en una idea de Pirandello, para entender el complejo de inferioridad que el siciliano siente ante su dialecto, que intenta disfrazar de italiano: por eso en casa de Bonanno habían italianizado *scanaturi* transformándola en *scannatore*. En suma, se trataba de una anotación, de un apunte para acordarse de pagar a un carpintero de origen siciliano, llamado Titone, una de esas mesas macizas, de madera dura, bien lisas, en las que las mujeres —antes en Sicilia, ahora en Estados Unidos— amasan el pan, hacen tallarines y lasaña, pasteles y pizzas. *Scanaturi*: «Instrumento para amasar la pasta», como lo definía el jesuita Michele del Bono en 1754. Pero ¿era una ingenua italianización de Bonanno, o una broma que había querido jugarle a Ehmann, una broma rentable?

Era curioso, pensó el Vice, que la palabra broma apareciese tantas veces, desde hacía unas horas. Y también era una broma la que le estaba gastando al Jefe. Estaba seguro de que entre la basura de la cena de la noche anterior no encontrarían la nota de Sandoz. Y en efecto, al cabo de más de dos horas de búsqueda no la habían encontrado. *La basura nunca miente*: en aquel caso por ausencia. Pero había otro pensamiento inquietante: que entre la basura el hombre se encaminase hacia la muerte.

Para no calentarle la cabeza al Jefe, asistió en silencio a los interrogatorios de los amigos y colaboradores del pobre Sandoz (al que en vida nadie hubiera pensado en calificar de pobre, habida cuenta de lo rico que era en talento, bienes, poder y mujeres, e incluso cabía dudar de que unas horas antes hubiese sido elevado al cielo de los pobres). Amigos y colaboradores que confirmaron y proporcionaron detalles. Sí, el pobre Sandoz había hablado de las llamadas de Los hijos del 89; pero las había mencionado como una broma, entre otras cosas porque la última vez le había parecido reconocer una voz de niño: una voz débil, vacilante, como un balbuceo. Y se había puesto a reflexionar sobre las otras llamadas, cuatro o cinco, que al recordarlas le pareció que habían sido de voces diferentes, de edades diferentes. Todas falsas, desde luego; y quizá siempre había telefoneado la misma persona: primero había fingido voz de viejo y luego había ido disminuyendo hasta imitar la última voz infantil. «La próxima vez», había dicho el pobre Sandoz a su secretaria, «me llamará un bebé». Hacían bromas al respecto, e incluso llegó a decir a la secretaria que había descubierto quién podía estar gastándole una broma semejante. Los hijos del 89: ¡vaya ocurrencia! Y todos, empezando por Sandoz, habían pensado en 1989: se trataba de unos revolucionarios recién nacidos, de ahí la edad cada vez menor de las voces.

—Como ve —dijo el Jefe—, su 1789 se ha ido al demonio.

—Quizá.

—No niego que a veces su tozudez ha sido de cierta utilidad; pero créame que ahora es mejor que se la guarde para ocasiones más propicias.

—No creo que puedan existir ocasiones más propicias que ésta. Pero tampoco quiero calentarle la cabeza, no quiero agobiarlo.

—Agóbieme.

—Pues bien: creo que la broma, sigamos llamándola broma, fue calculada para que sugiriese dos hipótesis sucesivas. La primera, en vida de Sandoz y sobre todo para él, que se trataba de una broma propiamente dicha, una broma inofensiva, ridícula. La segunda, después del asesinato de Sandoz: no se había tratado de una broma. En la primera hipótesis funcionaba el año 1989, el juego divertido de presentarse como recién nacidos de cualquier revolución: de palabra, sólo de palabra. En la segunda funciona la amenaza, que empieza a realizarse con el asesinato de Sandoz, de proseguir y coronar la obra de la revolución de 1789, reanudando sus fastos y su terror.

—Estoy de acuerdo en que las dos bromas, como le gusta llamarlas, están relacionadas.

—Pero hay algo en lo que no estamos ni estaremos de acuerdo, y es que, sin que nos diésemos cuenta, al amparo de los festejos del aniversario de esa revolución, haya nacido un grupo subversivo totalmente imbuido de sus principios y dispuesto y decidido a delinquir para restaurar sus aspectos relegados, porque eso es lo que debería significar el nombre de *Los hijos del ochenta y nueve*. Ese grupo no existe, pero quieren que exista: para usarlo como pantalla, y como medio de intimidación al servicio de quienes abrigan intenciones muy distintas.

—¿Y en su opinión a quién se le ha ocurrido esta buena idea? Idea que a usted en seguida le encantó: un caso de amor a primera vista, un *coup de foudre* —dijo con ironía casi histérica el Jefe.

—No sé a quién se le ha ocurrido la idea, y creo que nunca lo sabremos. Pero, a juzgar por los efectos que muy probablemente tendrá, seguro que es buena. Vea usted: ¿qué bandera revolucionaria, ahora que ha desaparecido la roja, puede agitarse hoy para seducir a las mentes débiles, a la gente aburrida de la vida, a los que están dispuestos a sacrificarse por las causas perdidas, a los violentos que tratan de ennoblecer sus instintos? Para no mencionar el hecho de que usted está realmente convencido de que *Los hijos del ochenta y*

nueve existen tal como dicen que existen, lo que de por sí ya es una prueba de la bondad, de la gran bondad de la idea.

El Jefe se puso serio, solemne, adoptó un tono de autoridad:

—Escúcheme: lo he dejado actuar en lo de la basura del restaurante. Como podrá imaginarse, una pérdida de tiempo: el suyo y el de dos hombres, y Dios es testigo de la falta que me hacían aquí... —suspiró con su habitual suspiro de dolor por la falta de hombres, de medios.

—Yo no diría que ha sido una pérdida de tiempo: sirvió para confirmar mi sospecha de que la nota no existía.

—Peor aún: hemos perdido el tiempo sabiendo que lo perderíamos... Ahora escúcheme: no soy estúpido, adivino sus sospechas, sus intenciones, entreveo adónde quiere llegar, es decir adónde quiere llevarme, y le digo claramente que no. No sólo porque no tengo la intención de suicidarme, sino también porque su línea de investigación es novelesca, de novela policíaca digamos clásica, de ésas que los lectores, que se las saben todas, adivinan cómo terminará al cabo de las primeras veinte páginas... O sea que nada de novelas. Procedamos con calma, con medida, sin caprichos ni arrebatos, y sobre todo sin prejuicios, sin tesis preconcebidas... Por lo demás, ahora el caso pasa a manos de un juez: si resulta que le gustan las novelas como a usted, podrán especular juntos, y yo me lavaré las manos... Entretanto, quisiera señalarle que en su elucubración ha pasado por alto una hipótesis que yo calificaría de prometedora: que alguien que estaba presente en el banquete haya percibido el juego que se traían esos dos, haya visto cómo Sandoz se metía en el bolsillo la nota que decía *Te mataré*, y se le haya ocurrido aprovechar la ocasión.

—Una hipótesis técnicamente justa, pero creo que no es pertinente dadas las características del caso.

—Nunca se sabe. Verifíquela. Dígale a esa asociación cultural que le proporcione la lista de los invitados, y vea qué comensales, de los que estaban cerca de Sandoz y el Presidente, pudieron percibir el juego. Y después, desde luego, averigüe quién de ellos tenía algún motivo especial para odiar a Sandoz. Y por favor, nada de arrebatos, no dé un solo paso sin antes informarme. ¿De acuerdo?

Un actor que había sido amigo de Sandoz: un subordinado recordó haberlo visto fotografiado con éste y se lo señaló al Jefe como posible autor de la broma telefónica. Puesto que Sandoz sugirió que había descubierto quién era el autor de la broma, ¿cómo no pensar en un profesional? Éste tenía cierta fama en el teatro y en el cine; el Jefe recordó que le había oído imitar muchas voces: desde el catanés gutural de Musco hasta el tono áulico y melodioso de Ruggero Ruggeri. Sin convencimiento, puesto que se había encariñado con la idea de Los hijos del 89, hizo que lo buscaran por toda Italia: al fin lo encontraron donde lo habrían encontrado enseguida si hubieran mirado en la página de espectáculos de los periódicos de la mañana.

Por teléfono, después de que le hubieron explicado sucintamente por qué lo buscaban, el actor admitió que había conocido a Sandoz (lo admitió a desgana, como siempre que se responde a una pregunta de la policía), pero que no tenía tanta confianza con él como para gastarle una broma; y una broma tan estúpida, además. Eso sirvió para confirmarle a la policía, y al juez que ahora se encargaba de dirigir la investigación, que existía una estrecha relación entre las llamadas de Los hijos del 89 y el homicidio. Entretanto, como sucedía siempre que una investigación pasaba de mano, la noticia de Los hijos del 89 había saltado a los periódicos. Y desde luego, puesto que corría el año 1989, casi todos los periódicos lo tomaron como el nombre de un grupo subversivo recién nacido, nuevo, diferente a todos los conocidos. Pero una llamada anónima, que se recibió en el periódico de mayor difusión, tachó de ignorantes a la policía, a la magistratura y a los cronistas, y abonó la hipótesis de 1789.

—Volveremos a sembrar el terror —dijo el comunicante anónimo; añadió que el ajusticiamiento de Sandoz, lamentablemente no con la guillotina, era el primer ensayo. Otra llamada proporcionó el título completo: *Hijos del 89, comando Saint-Just*.

—Tenía razón usted —dijo el Jefe. Su orgullo salía perdiendo, pero creía ganar en generosidad: la generosidad de un Jefe que da la razón a su Vice.

—Pero no es eso lo que importa. Lo que importa es que Los hijos del ochenta y nueve están naciendo ahora: por mitomanía, por aburrimiento, quizá por vocación para conspirar y delinquir; pero no existían un minuto antes de que la radio, la televisión y los periódicos diesen la noticia. Son producto del cálculo del que ha matado o hecho matar a Sandoz, quien precisamente calculó que así al menos lograría confundirnos, pero quizá también que, con un poco de suerte, algún imbécil podía responder a la llamada y declararse hijo del ochenta y nueve.

—Ya no lo sigo, no puedo seguirlo en esta especie de novela.

—Entiendo. Por lo demás, aunque estuviese de acuerdo conmigo sólo seríamos dos —se había decretado duelo nacional por la muerte del abogado Sandoz, quien recibiría honras fúnebres oficiales: ¿ahora quién se atrevería a colocar en una sepultura más humilde a aquella víctima de la delincuencia política, de la furia antidemocrática, de la locura subversiva?

—Me agrada que lo reconozca: sólo seríamos dos, suponiendo que su novela me mereciese algún atisbo de fe.

—Pero siguiendo con la novela... Estamos ante un problema grave, un dilema considerable: ¿Los hijos del ochenta y nueve han sido creados para matar a Sandoz o a Sandoz lo han matado para crear a Los hijos del ochenta y nueve?

—Dejaré que lo resuelva usted. En cuanto a mí, y en cuanto a este departamento, prefiero basarme en los hechos: Sandoz recibió llamadas amenazadoras de Los hijos del ochenta y nueve; Sandoz fue asesinado; Los hijos del ochenta y nueve se declararon autores del homicidio. Nuestra tarea consiste en encontrarlos, y

consignarlos, como suele decirse, a la justicia.

—Los hijos del ochenta y nueve.

—Eso, Los hijos del ochenta y nueve. Y mire usted: de su dilema, abstractamente, por juego, por mero placer literario, yo me quedaría con la primera posibilidad que ya habíamos considerado: que Los hijos del ochenta y nueve hayan sido creados para matar más fácilmente a Sandoz, para obstaculizar o incluso impedir nuestra tarea de dar con el culpable o los culpables. En cuanto a la otra posibilidad, la de que Sandoz habría sido asesinado para crear a Los hijos del ochenta y nueve, la dejo para usted. Que se divierta.

—En más de medio siglo la policía y los carabineros hemos tragado tanta quina que ya tendríamos derecho a divertirnos un poco; además de la que yo personalmente llevo tragada en los casi treinta años de servicio aquí.

—Trago más, trago menos... Bueno, si le parece que también este asunto se presenta como otra cucharada de quina que se tiene que tragar, pues prepárese a tragarla.

Desobedecía, estaba desobedeciendo. En una salita, en casa de los De Matis, con la señora a su lado. Se había sentado a su lado quizá porque su curiosidad era tal que la cercanía física le había parecido instintivamente más propicia para la confidencia.

—Tan pronto como el portero me dijo que un funcionario de la policía quería hablar conmigo, comprendí: seguro que quiere informarse sobre las notas que se cruzaron Sandoz y Aurispa en la cena del otro día.

Tenía un rostro inteligente y unos ojos bellísimos, en los que parecía aletear una luz irónica y divertida. No era nada fea: Aurispa, que había dicho que bastaba con mirarla para darse cuenta de que el deseo de estar junto a ella sólo podía obedecer a una broma, a una ficción, tenía sin duda una idea poco sutil de la belleza femenina, un gusto de comprador que no quiere que lo engañen en el peso. La señora era flaca, pero la suya no era una delgadez desagradable; podía decirse que era ligera, porque en su manera de moverse, en sus ademanes, había un aire de vibrátil ligereza.

—Ante todo debo decirle que, si bien soy un funcionario de la policía, he venido a título personal y con extrema reserva.

—Dígame la verdad: ¿sospechan de él?

—¿De quién?

—Pues de él, de Aurispa —la luz irónica y divertida parecía haberse dilatado, y acentuaba el esplendor de sus ojos, que eran de un azul indefinible, de un violeta indefinible.

—No, no sospechamos de él.

—Me encantaría saber que al menos se sospecha de él...

—¿En serio?

—¡Oh, sí! Y espero que alguna vez suceda: ¡está metido en tantas cosas, y tan turbias!

—¿Y por qué le encantaría?

—Podría responderle que por una cuestión de justicia, pero no es del todo cierto. Lo que sucede es que no me gusta, me resulta antipático. Es un hombre tan frío que tengo la impresión de que sólo existe de perfil, como en una moneda, como en las monedas.

—¿No hay ningún detalle que le haya llamado a la atención?

—No, ninguno. Mejor dicho: algo. Algo vago e indefinible, pero yo siempre me guío por impresiones vagas e indefinibles. Y le aseguro que nunca me equivoco... Pero me he dado cuenta de que no me dirá nada. Veamos pues si logro adivinar algo por sus preguntas.

Inteligente, muy inteligente, pensó el Vice, y casi sintió miedo. Para ganar tiempo, para desinfectar las preguntas de la sospecha que la señora se disponía a detectar en ellas, dijo:

—Las mías ni siquiera son preguntas.

—Adelante, pues —lo incitó la señora con aire cada vez más divertido.

—Se trata de algo normal, muy normal, que estamos obligados a hacer incluso cuando, como en este caso, nos parece de antemano inútil: reconstruir las últimas horas de vida del abogado Sandoz.

—Algo normal, muy normal, e inútil —repitió como un eco la señora. Seguía el juego con una actitud de comprensión irónica e indulgente, pero parecía estar conteniendo la risa—. Pasemos a la pregunta.

—Como le he dicho, ni siquiera se trata de una pregunta... Supongo que sabe que ambos se traían un juego, digamos de galantería, cuyo objeto era usted. El ingeniero Aurispa se quejaba de que no estuviese junto a él y fingía estar rabioso de celos por el hecho de que, con pocos días de diferencia, en dos ocasiones, el abogado Sandoz hubiese tenido la suerte de que lo sentaran a su lado...

—Había sucedido más de dos veces. No comprendo por qué en esos odiosos banquetes oficiales o de asociaciones casi siempre me ubicaban junto a ese Sandoz, que me aburría. Y le diré que también me aburría, e incluso me irritaba, aquel juego, como usted lo llama, de galantería. Era como si dijese entre sí: pobrecilla, es tan vieja, tan fea, que al menos hay que brindarle este consuelo. Porque sé que no soy bella, y más aún que soy vieja: pero no me parecía una razón válida para que esos dos seres anodinos se dedicaran toda la noche a recordármelo.

—No, no diga eso —objetó hipócritamente el Vice, porque por lo que había dicho Aurispa le constaba que la señora estaba en lo cierto.

—No se ponga también usted galante.

—No se trata de galantería. Usted, permítame decírselo, es la primera vez que la veo y creo que no volveré a tener ocasión de encontrarla... Usted es tan luminosa... —La palabra le había surgido espontáneamente, como en una especie de enamoramiento instantáneo. Pero de pronto el dolor se hizo más intenso: como para recordarle el otro y único enamoramiento que podía sentir a esas alturas.

—Luminosa. Es bonito. Lo recordaré. No son muchas las cosas agradables que pueden suceder a esta altura de la vida. ¿Sabe que tengo casi cincuenta años?... Pero volvamos a la pregunta.

—Pues bien: el ingeniero envió la nota al abogado; en ella decía...

—*Te mataré.*

—¿El abogado escribió su respuesta en la misma tarjeta?

—No, no: se metió la nota de Aurispa en el bolsillo, después de habérmela mostrado, con la alegría, me pareció, de un coleccionista de autógrafos que al fin ha logrado conseguir un espécimen raro. Su respuesta la escribió en la tarjeta suya, que estaba metida en una especie de iris demasiado plateado para ser de plata.

—¿Y qué escribió en su tarjeta?

—Lo extraño es que no me la mostró. Tampoco yo tuve la menor curiosidad por espiar lo que escribía. Me aburría él, me aburría ese juego tan estúpido...

—¿Recuerda quiénes estaban sentados junto a Aurispa? Supongo que dos señoras.

—Sí, estaba entre dos señoras: la señora Zorni y la señora Siragusa. Pero como tenía a la señora Zorni a su derecha... una bella mujer: un poco tonta, creo, pero con ese toque de tontería que para la mayoría de los hombres realza aún más la belleza femenina... conversaba más con ella que con la otra.

—¿Usted vio que la nota llegaba al destinatario?

—No precisamente: observaba a Sandoz, que miraba hacia Aurispa con atención, casi diría con ansiedad... En suma, me pareció que espiaba el efecto de su nota con demasiado interés, tratándose de un juego tan frívolo... Después vi que sonreía. Me volví hacia Aurispa: también él sonreía, pero ambos lo hacían con una sonrisa, ¿cómo le diría?, tensa, hostil... Aquella manera de sonreírse me llamó la atención; por eso, puesto que unas horas después asesinaron a Sandoz, le he preguntado si sospechaban de Aurispa.

—No, no sospechamos de él.

—Pues deberían hacerlo. Por una tendencia infantil, quizá desde la primera vez que la oí, asocio la palabra *policía* con la idea de limpieza^[1]... ¿Hay limpieza en su policía?

—Hasta donde se puede.

—De modo que, hasta donde se puede, sospecharán de Aurispa. Pero no se puede mucho, ¿verdad?

—No mucho.

—Si me responde que no se puede mucho, creo que hay que deducir que no se puede nada. Y me parece que eso lo hace sufrir.

—Son tantas las cosas que me hacen sufrir, a estas alturas.

—Me gustaría mucho saber por qué se hizo policía.

—Nunca he encontrado la respuesta precisa, porque a veces yo también me lo pregunto. A veces encuentro una respuesta elevada, noble, de tenor que alcanza el do de pecho; más a menudo las respuestas son otras, más modestas: las necesidades de la vida, la casualidad, la inercia...

—¿Usted es siciliano?

—Sí, pero de la Sicilia fría: soy de un pueblecito del interior, situado entre montañas, donde la nieve dura mucho en invierno, o al menos duraba, cuando era niño. Una Sicilia que nadie logra imaginar. Nunca en mi vida he sentido tanto frío como en aquel pueblo.

—También yo recuerdo esa Sicilia fría. Solíamos ir en verano, pero a veces también por Navidad. Mi madre era siciliana y sus padres siempre habían vivido en el pueblo, en su gran casa, fresca en verano y gélida en invierno. Allí murieron, y allí también murió, antes que ellos, mi madre. Yo ya no volví. Cada

año, después del dos de noviembre, un pariente me escribe para contarme su visita a las sepulturas, me habla de las flores y lámparas con que las ha adornado; es como un reproche que me hace, porque el hecho de que mi madre haya querido ir a morir allí debería significar algo para mí, sentimentalmente. Pero lo cierto es que incluso ese deseo de mi madre, cuando pienso en él, me provoca una sensación de inquietud, no es posible querer tanto a un pueblo, a una gente; además, un sitio en el que se ha sufrido, y una gente con la que no se ha congeniado en absoluto. Aquella vida había sido muy dolorosa para mi madre; se había rebelado, había huido. Pero la amaba más allá de la muerte... ¿Y sabe por qué me inquieto tanto al pensar en eso? Porque a veces sorprende en mí un eco de aquel amor suyo, aquel recuerdo, aquel deseo... Pero quizá sólo sea un poco de ese remordimiento que mi pariente intenta provocarme.

—No sé si conoce lo que escribió Lawrence sobre *Mastro don Gesualdo*, de Verga. En determinado momento dice: «Pero Gesualdo es siciliano, y ahí surge la dificultad...».

—La dificultad... Sí, quizá de allí proceda mi dificultad para vivir. —Y como para cambiar de tema, añadió con desenfado—: ¿Usted lee mucho, verdad?... Yo no tanto, y ahora me gusta más releer: una descubre cosas que en la primera lectura no estaban... Quiero decir que no estaban para mí... ¿Sabe qué estoy releendo? *Las almas muertas*: aparecen muchas cosas que antes no estaban, y quién sabe cuántas otras descubriría si volviese a leerlo dentro de veinte años... Pero dejemos los libros: estábamos hablando de las razones por las que se hizo policía.

—Quizá porque el delito está en nosotros y quise conocerlo un poco.

—Sí, es cierto, el delito está en nosotros; pero algunos están en el delito.

La señora Zorni. Realmente bella, hasta la insípida perfección, y de una locuacidad que hacía juego con esa perfección: insustancial, divagante, capaz de perderse en los más celestes e inalcanzables cielos de la estupidez, que puede ser celeste e incluso profunda, como saben las personas inteligentes, que sienten su seducción y por eso la temen. Daba la impresión de no entender nunca lo que le preguntaban; pero en alguna parte de su bella cabeza debía de quedar impreso el sentido de la pregunta, porque en determinado momento armaba una respuesta, como si en un montón de piedrecitas de distintos colores fuera escogiendo las que entonaban mejor: un mosaico. Como el que estaba componiendo el Vice, y ahora nosotros, en detrimento del retrato pero quizá para bien de la historia.

Sí, estaba al corriente del juego, entre compasivo y burlón, que ambos se traían con respecto a la señora De Matis: el Presidente le había contado. Había visto cómo el Presidente escribía *Te mataré*, se había reído; aunque quiso aclarar que la señora De Matis no le parecía tan fea, incluso le parecía interesante. También había leído la respuesta del abogado Sandoz.

—¿La recuerda?

—Claro que la recuerdo; también tengo buena memoria —aquello revelaba, asimismo, hasta qué punto era consciente de su belleza—. Eran dos versos.

—¿Versos?

—Eran dos frases breves, escritas como versos, y rimaban. Parecían de una canción, casi tuve ganas de cantarlas —las cantó, con la melodía de una canción crepuscular que había estado de moda hacía muchos años—: «Sé que lo intentarás. Pero ¿lo lograrás?»

El Vice casi se estremeció de júbilo, pero dijo con tono tranquilo:

—El Presidente leyó la nota, se la mostró a usted...

—No, no me la mostró; la leí mientras él la leía. Después se la guardó en el bolsillo.

—¿Está segura de que el Presidente se guardó la nota en el bolsillo?

—Segurísima —pero un gesto de preocupación se dibujó en su rostro—: ¿Él dice que no se la guardó en el bolsillo?

—Si así fuera, ¿seguiría usted estando segura de que se la guardó? —Lo dijo para provocarle un momento de ansiedad, para arañar aquella perfección de estatua desenterrada intacta.

—Es un caballero tan intachable que, sin duda, empezaría a dudar.

—No es necesario que lo haga: el Presidente ha dicho que se la guardó mecánicamente en el bolsillo; sólo que luego, también mecánicamente, la tiró.

La señora suspiró aliviada, la simulación neutralizó aquel momento de vida. El Vice pensó que no era realmente estúpida, tal como en Italia la mayoría estima que alguien no es estúpido tomando en cuenta tanto lo que dice como lo que deja de decir.

Se marchó de la casa de los Zorni con una sensación de aturdimiento. El esfuerzo que le había costado extraer respuestas precisas de un parloteo que podía compararse con la fuente de Trevi —cascadas, cascadillas, velos de agua, chorros—, había supuesto mucha tensión y luego fatiga, aturdimiento. También el dolor estaba como aturdido, menos agudo pero más sordo y difuso. Es curioso que el dolor físico, aunque obedezca a una causa estable y, quizá peor aún, inmutable, pueda atenuarse o aumentar, cambiar de intensidad y calidad según las ocasiones y los encuentros.

Paseó por los soportales de la plaza pensando en aquella nota, en aquellas frases que parecían versos de una canción; en la señora Zorni, bellísima, joven, en la armoniosa ondulación de su cuerpo: pero cuánto más bella, más deseable —durante aquellos relámpagos de deseo que de pronto atravesaban el dolor— era

la señora De Matis, con sus cincuenta años.

Le gustaban los soportales, desambular por ellos. En la isla en que había nacido los había en todas las ciudades. Los arcos realzan la belleza del cielo, como dice el poeta. ¿Los soportales realzan la civilización de las ciudades? Y no era que no amase la tierra en que había nacido, pero todas las noticias, dolorosas, trágicas, que se publicaban cada día sobre ella, le provocaban una especie de rencor. Como hacía años que no había vuelto, no la buscaba en esos sucesos, sino más allá, en la memoria, en el sentimiento de algo que ya había dejado de existir. Ilusión, mistificación: la del emigrante, la del expatriado.

Tenía que desobedecer hasta el final. Se había arriesgado con la señora Zorni, y tarde o temprano se notarían los efectos. Al evitar la recomendación de que guardara el secreto, recomendación que siempre provoca la necesidad incontenible de no guardarlo, y sobre todo en alguien como ella, había hecho todo lo posible para hacerle creer que se trataba de una investigación puramente formal, superflua e incluso fastidiosa para quien tenía que realizarla. Pero era imposible que la memoria de esa mujer fuese tan débil como para olvidarlo y que, no habiéndolo olvidado, resistiese al placer de comentarlo con una, dos o tres amigas; y que, de amiga en amiga, la noticia llegara al Presidente, y del Presidente al Jefe o al que estaba por encima, muy por encima, del Jefe. Con la señora De Matis no, no había ningún peligro: entre ellos hubo una simpatía inmediata, casi una complicidad.

Lo que había oído acerca del intercambio de notas lo había conducido a una pregunta. Que tenía que hacerle a alguien capaz de proporcionar una respuesta segura.

Agencia de viajes Kublai, del doctor Giovanni Rieti; nunca había sabido en qué era doctor. Un viejo conocido, quizás hasta podía hablarse de amistad, por la historia tan humana que la había originado. Empezaba con sus padres, en 1939: el padre del Vice era funcionario del Registro Civil en el pueblecito siciliano en el que el padre del doctor Rieti, judío, había nacido por casualidad. El señor Rieti había llegado a toda prisa desde Roma, desesperado, para ver si en el ayuntamiento, en su acta de nacimiento, había algún dato que pudiera utilizarse para probar que realmente no era judío. Y como ese dato no existía, lo crearon: el funcionario del Registro Civil, el alcalde, el arcipreste, los guardias municipales. Todos ellos fascistas con carnet en el bolsillo y distintivo en el ojal; y el arcipreste, que no tenía carnet ni distintivo, lo era de alma. Pero todos pensaron que no podía abandonarse al señor Rieti, a su familia, a sus hijos, frente a esa ley que buscaba su destrucción. De modo que fabricaron, literalmente, documentos falsos porque para ellos que un hombre fuera judío no significaba nada, si corría peligro, si estaba desesperado, si se encontraba frente a un riesgo grave. (¡Qué gran país había sido, y quizás aún lo fuese, Italia en esas cosas!)

En su familia no había vuelto a saberse nada de la familia Rieti, y aunque recordase el episodio entre los que, por haberse producido durante los diez primeros años de su vida, habían dejado una impronta en ella, el nombre en cambio no había quedado en su memoria. Pero una noche, en la ciudad en la que desde hacía años residía, en una fiesta que daban en la prefectura, le habían presentado a un doctor Rieti quien, al oír su nombre, le había preguntado si era siciliano, y si era de aquel pueblo, y si era pariente de aquel funcionario del Registro Civil. Había sido una especie de reencuentro.

Se habían encontrado otras veces, y con cierta frecuencia. Pero en determinado momento el Jefe, con mucho tacto y a medias palabras, le había aconsejado que no se exhibiese demasiado en compañía del doctor Rieti. Y, siempre con medias palabras, le había dado a entender que ese consejo se lo daba por consejo del servicio que, en otro país y en otra época, llamaban de inteligencia, y que, quizás, aquí y ahora no podía calificárselo de inteligente, pero en fin, había ciertas cosas que conocía y al menos —aquél había sido el punto importante de todo el discurso del Jefe— «se conocían entre sí», que era la actividad principal de esas inteligencias de los distintos países. Y como se conocían entre sí, conocían al doctor Rieti: con el que podían tratar con confianza, ellos, pero no los otros funcionarios del Estado, y menos aún si pertenecían a la policía.

El Vice había seguido frecuentando al doctor Rieti, pero con más cautela, evitando los aperitivos en el bar y las cenas en el restaurante, porque de su actividad secreta podía sospecharse, por la poca energía que dedicaba a la agencia y lo muy bien informado que estaba sobre los chanchullos económicos y financieros, las pugnas en el interior de los partidos, la integración y desintegración de las alianzas, los asuntos de la

Iglesia y las actividades terroristas.

Por causa de su enfermedad, y del trabajo, que debido a la enfermedad se le hacía cada vez más largo y pesado, el Vice llevaba al menos un par de meses sin verlo. El doctor Rieti lo acogió con grandes muestras de cordialidad, diciéndole que se alegraba de verlo bien de salud.

—He sabido que estaba mal: me lo dijo alguien de su oficina hace unos días. Veo que ya está repuesto. Un poco más delgado, sí; pero dicen que está muy bien adelgazar.

—Aunque usted no se lo cree.

—Lo reconozco. Más aún, cuando veo lo que algunos de mis familiares y conocidos hacen para adelgazar, y los desequilibrios que produce, pienso que los inventores de dietas, los científicos que elaboran dietas, deberían recibir el mismo trato que los vendedores de droga... Pero ¿qué enfermedad ha tenido, concretamente?

—Concretamente, una enfermedad por la que debería someterme a un tratamiento de cobalto, o algo similar.

—No pensaba que fuese para tanto.

—E incluso para más: me estoy muriendo —lo dijo con tal serenidad que al otro se le helaron las palabras hipócritas que estaba por pronunciar.

Se limitó a decir, en tono muy bajo:

—Dios mío. —Después, al cabo de un largo silencio, añadió—: Pero un tratamiento...

—No quiero morir con los religiosos consuelos de la ciencia, que no sólo son tan religiosos como los otros, sino que además resultan atroces. Si acaso necesitase algún consuelo, recurriría al más antiguo. Hasta me gustaría sentir esa necesidad, pero no la siento. —Y, con ligereza, casi con alegría, añadió—: ¿Ha visto? En este país uno nunca se aburre: ahora tenemos a Los hijos del ochenta y nueve.

—Sí: Los hijos del ochenta y nueve. —Con ironía, con malicia.

—¿Qué piensa de todo esto?

—Me parece que es un montaje, una invención. ¿Y usted qué opina?

—Lo mismo.

—Me agrada que piense como yo. Pero por lo que dicen los periódicos, en su servicio creen que va en serio.

—Pues sí: ¿o piensa que se van a perder una invención tan buena?

—Ya veo. Creo que la inventaron con lápiz y papel: como un juego, un cálculo... ¿Adónde van a refugiarse esos pobres infelices, esos pobres desheredados que aún quieren creer en algo después de Jruschov, después de Mao, después de Fidel Castro y ahora Gorbachov? Algún pastel hay que arrojarles: uno que ha vuelto al horno después de doscientos años, blando, fragante de celebraciones, exhumaciones, revaluaciones; y dentro, la piedra de siempre, para que se partan los dientes.

Con Rieti siempre pasaba lo mismo: estaban de acuerdo en la evaluación de los hechos, en su interpretación, en la determinación de su origen y su finalidad. Y la mayoría de las veces con un lenguaje divertido, alusivo, lleno de parábolas y metáforas. Era como si sus respectivas mentes tuvieran los mismos circuitos, los mismos procesos lógicos. Un ordenador especializado en la desconfianza, la sospecha, el pesimismo. Los judíos, los sicilianos: la condición de unos y otros vinculada por una afinidad atávica. Una condición hecha de fuerza, de capacidad defensiva, de dolor. Un toscano del siglo XVI había dicho que los sicilianos eran de intelecto seco. Como los judíos. Pero ahora la guerra había entrado en ellos: una guerra especial, pero guerra al fin.

—Quiero hacerle, por primera vez desde que nos conocemos —y con ello dio a entender que conocía muy bien cuál era la verdadera, oculta actividad del doctor Rieti—, una pregunta precisa: ¿cómo era la relación entre Sandoz y Aurispa?

—Se detestaban.

—¿Por qué?

—No sé de dónde arrancaba la aversión del uno por el otro, y tampoco creo que sea fácil descubrirlo porque, según he oído decir, habían sido compañeros de escuela. Pero sé que se dedicaban sistemáticamente, y siempre manteniendo relaciones de aparente amistad, Aurispa a perjudicar los asuntos de Sandoz y Sandoz, con resultados menos contundentes, a perjudicar los asuntos de Aurispa; de modo que Sandoz, que no se resignaba a la derrota, había recurrido al chantaje, aunque tampoco con resultados demasiado brillantes. El sueño de su vida era lograr una orden de detención contra Aurispa, quizá de esas que al cabo de un par de meses concluyen con una absolución por falta de pruebas. Pero no era más que un

sueño.

—¿Y cuáles eran los argumentos del chantaje?

—Creo que el menos endeble era el de la enorme corrupción, con la consiguiente estafa, perpetrada por Aurispa en perjuicio del Estado, y que Sandoz estaba, o creía estar, en condiciones de probar. Aunque pienso que nunca se hubiese decidido a denunciarla, porque el caso habría tenido repercusiones también perjudiciales para él, y del mismo tipo. Lo único que podía temer Aurispa era que Sandoz se volviera loco, porque mientras conservase la sensatez nunca se atrevería a sacudir esa columna, con peligro de que también le cayese encima el templo, ese templo de ambos, y de tantos italianos influyentes... Otros argumentos de chantaje eran de carácter privado, y llevaban un retraso de al menos treinta años. Mujeres, cocaína: ¿qué efectos pueden tener ahora ese tipo de acusaciones?

—Pero ¿a qué negocios se dedicaban?

—A la guerra, a todo tipo de guerra. ¡Hay tantas en el mundo: de armas, de venenos... Y permiten hacer tantos negocios!

—Creo entender que usted no piensa que la decisión de matar a Sandoz haya partido de Aurispa. O, mejor dicho, que las amenazas de Sandoz, su chantaje, pudieran ser un motivo suficiente para eliminarlo.

—Exacto.

—De modo que debe de haber habido otra razón.

—Usted ha utilizado la palabra justa: suficiente. Las amenazas de Sandoz no constituían un motivo suficiente para que Aurispa decidiese quitarlo de en medio. Pero en determinado momento, al surgir otra exigencia, al calcular fríamente los detalles de un proyecto que quizá no preveía la necesidad de eliminar a Sandoz, pudo haberse presentado la ocasión, como suele decirse, de matar dos pájaros de un tiro.

—Está diciendo que la víctima no tenía por qué ser Sandoz, sino algún otro que reuniera, por decirlo así, los mismos requisitos; pero como Sandoz incordiaaba un poco más que las otras víctimas posibles, la elección recayó en él.

—Exacto.

—Opino lo mismo. Después de haber escuchado a Aurispa, le planteé a mi Jefe, que desde luego lo acogió con total desinterés, el siguiente dilema: o bien Los hijos del ochenta y nueve han sido creados para matar a Sandoz, o a Sandoz lo mataron para crear a Los hijos del ochenta y nueve. Y ahora me inclino por creer que, como usted dice, se ha querido matar dos pájaros de un tiro: el más importante, crear a Los hijos del ochenta y nueve... Pero ¿por qué?

—Yo diría, por antigua premonición y no tan antigua admonición, que el porqué lo sabemos sin saber que lo sabemos... En nuestra infancia experimentamos, sin haber conocido realmente, un poder que ahora podemos calificar de criminalidad integral, un poder que, paradójicamente, hasta puede decirse que estaba sano, que gozaba de buena salud: desde luego, siempre con respecto al delito, y comparándolo con este poder esquizofrénico de ahora. La criminalidad de aquel poder se basaba sobre todo en no admitir ninguna otra fuera de la propia, glorificada y condecorada con todos los adornos... Ni que decir tiene que entre la esquizofrenia y la buena salud me quedo con la primera, y creo que usted también. Pero hay que tener en cuenta esa esquizofrenia si se quieren explicar algunas cosas que, si no, resultan inexplicables. Como también hay que tener en cuenta la estupidez, la pura estupidez, que a veces se introduce en ella y la domina... Hay un poder visible, nombrable, enumerable; y hay otro, no enumerable, sin nombre, sin nombres, que nada por debajo de la superficie. El poder visible lucha contra el sumergido, y sobre todo cuando éste se atreve a emerger valientemente, es decir en forma violenta y sanguinaria, pero de hecho lo necesita... Espero que sabrá perdonarme esta modesta filosofía, pero es la única que tengo, en lo que al poder se refiere.

—De modo que cabe sospechar que existe una constitución no escrita cuyo primer artículo rezaría: la seguridad del poder se basa en la inseguridad de los ciudadanos.

—De todos los ciudadanos: incluidos los que, al difundir la inseguridad, se creen seguros... Y ahí está la estupidez de que le hablaba.

—Así que estamos atrapados en una *sotie*...^[2] Pero volviendo a los hechos que nos ocupan: aunque los periódicos no las hayan mencionado, supongo que sabe que en aquel banquete Aurispa y Sandoz intercambiaron, como por juego, unas notas... ¿Qué piensa de eso?

—Creo que es un hecho que tiene su importancia pero que, de momento, no puede interpretarse adecuadamente. Porque es ambiguo, y su ambigüedad sólo puede eliminarse si se sabe qué papel desempeñó Aurispa en esta historia... Si actuó como protagonista, en el nivel decisorio, habrá calculado que

lo de las notas le permitiría salir en seguida de la escena, que es lo que ha ocurrido; si en cambio actuó como auxiliar, hasta cabe la posibilidad de que no estuviese informado del momento en que sucederían las cosas, y por tanto de que ese juego fuese casual, de que se haya tratado de una coincidencia fortuita y, al fin y al cabo, afortunada.

—Yo me inclinaría por la hipótesis de que actuó en el nivel decisorio.

—Puede ser, puede ser... —dijo Rieti, pero sonó a cortesía. Era evidente que sabía algo más; o creía saberlo. Pero no convenía insistir en ello, de modo que el Vice se limitó a decir:

—Una última pregunta, quizá la más indiscreta que pueda hacerle: en sus funciones, en sus, digamos, tareas —ya no se trataba de alusiones: había llegado la hora de la verdad incluso para la relación, de conocimiento o de amistad, que existía entre ellos—, ¿qué asuntos le interesan más? ¿Los que manejaba Sandoz hasta ayer, o los que maneja Aurispa?

—Lamentablemente, los de ambos; aunque más los que hasta ayer, como usted dice, manejaba Sandoz —dijo Rieti con una expresión en la que el asco que sentía por esos asuntos se mezclaba, quizá, con el asco que sentía por sí mismo.

Cuando regresó, el edificio zumbaba como una colmena enloquecida. Habían cogido a un hijo del 89 mientras estaba telefoneando. Uno de esos casos que rayan en lo inverosímil. Un sordomudo estaba sentado en un banco de una plazuela suburbana frente al cual, a unos tres o cuatro metros, había una cabina telefónica; dentro había un joven que, con evidente nerviosismo y dándose la vuelta a cada momento, hablaba. Para una persona cualquiera habría sido como contemplar a un pez en un acuario, pero no para un sordomudo habituado a captar la muda aparición de las palabras en los labios. En los del joven que estaba telefoneando leyó una docena de veces *hijos del ochenta y nueve* y a menudo las palabras *revolución* y *virtud*. El sordomudo tenía en sus manos un periódico que precisamente hablaba de Los hijos del 89, y en el bolsillo una de esas plumas que escriben grueso, de tinta roja. Escribió en el periódico «hijo del 89, cabina telefónica» y salió en busca de un guardia. Encontró a uno de la guardia urbana que aunque llevaba una pistola colgada del cinturón, era el menos idóneo para encargarse de aquella operación. En efecto, al leer el mensaje el guardia se asustó; trató de no tomarla en serio, de bromear, de despedirse del sordomudo dándole una palmadita en la mejilla, pero como éste insistió con gestos excitados y dramáticos, el guardia se dejó guiar hasta la cabina.

El joven permanecía allí, y seguía hablando: estaba resumiéndole al encargado de la centralita de un periódico —quien tenía instrucciones de alargar la conversación cuando recibía ese tipo de llamadas— un capítulo de *La Revolución Francesa* de Mathiez, que acababa de leer. Como no recordaba que, por larga que fuese la llamada, la policía hubiera logrado detener jamás a un comunicante implicado en delitos de terrorismo o de secuestro de persona, se sentía, pese a los nervios, seguro. El guardia esperó, oculto detrás del tronco de una magnolia, a que colgase; después se situó silenciosamente a sus espaldas y con fuerza, para que pudiera reconocerla de inmediato, apoyó la pistola justo encima de la cintura: por suerte para el hijo del 89 y para él mismo, se le había olvidado quitar el seguro. Y así, seguido por el sordomudo, lo condujo hasta la comisaría más cercana, que tampoco estaba tan cerca, por lo que se fue juntando gente que empezó a seguirlos —antes de llegar a destino ya eran una manifestación— y a la que en varias ocasiones el guardia se vio obligado a explicar que se trataba de un presunto hijo del 89; sin olvidar nunca, conforme a la ley, lo de presunto, que como sabe todo el mundo, en el lenguaje periodístico usual es sinónimo, en cambio, de culpabilidad probada. En determinado momento, incluso, al oír los gritos de la multitud a sus espaldas, llegó a sudar frío por miedo a que optaran por la justicia expeditiva frente a la justicia lenta, y quizá también a salir maltrecho, por verse obligado a defender la justicia lenta.

Llegaron a la comisaría sin novedades: allí metieron a los tres —al hijo del 89, al guardia y al sordomudo— en un coche celular y se los llevaron a la jefatura.

Ahora el joven estaba en el despacho del Jefe. Había tratado de negar el contenido de la llamada, pero allí estaba el sordomudo, dispuesto implacablemente a escribir su texto, aunque con algunas lagunas. Al final el joven lo admitió, pero dijo que se trataba de una broma. No era todavía la verdad, porque con esa llamada había intentado introducirse entre Los hijos del 89, o presentar su candidatura; pero ya se tratase de una broma o de un gesto maniático de autoafirmación, bastaba con mirarlo para darse cuenta de que no había tenido nada que ver con el asesinato del abogado Sandoz. Eso pensó el Vice tan pronto como entreabrió la puerta del despacho del Jefe. El chaval estaba hecho polvo; pero el Jefe, como si una aureola rodease su maciza cabeza, irradiaba esa felicidad mezclada con fatiga que exhibe el corredor cuando ha logrado llegar primero a la meta.

Cautelosamente, volvió a cerrar la puerta, a cuya rendija se habían precipitado las miradas ávidas y frenéticas de los cronistas que abarrotaban el pasillo. Entre ellos, encabritado y echando espuma como un

pura sangre que hubiese ido a parar a la cuadra de los rocines, estaba el Gran Periodista. Sus artículos, que alimentaban semanalmente a los moralistas exentos de toda moral, le habían valido fama de duro, de implacable, fama que contribuía mucho a aumentar su precio para quienes se veían en la necesidad de comprar desinterés y silencio.

Cuando el Vice se dirigía a su despacho, el Gran Periodista lo detuvo para pedirle una entrevista: breve, muy breve, insistió en precisar. El Vice hizo un gesto más de resignación que de asentimiento; de la turba que los rodeaba se alzó un murmullo de protesta.

—Es un asunto privado —dijo el Gran Periodista; de la turba brotaron los incrédulos e irónicos: «¿Cómo no?», «desde luego», «si está claro».

En el despacho, sentados frente a frente —entre ambos el escritorio abarrotado de papeles, libros y cajetillas—, se estudiaron en silencio con aire desconfiado, como para ver quién era capaz de estarse callado más tiempo; el Gran Periodista extrajo una libreta de un bolsillo, y un lápiz de oro.

El Vice levantó el índice de la mano derecha y trazó un lento y definitivo no.

—Era sólo un gesto, un tic profesional... Sólo quiero hacerle una pregunta, y no espero que la responda.

—¿Entonces para qué hacérmela?

—Porque ni usted ni yo somos imbéciles.

—Gracias... Pasemos a la pregunta.

—Esta historia de Los hijos del ochenta y nueve, ¿la habéis inventado vosotros o la habéis recibido ya empaquetada?

—Pues se la responderé: no la hemos inventado nosotros.

—¿O sea que os la han entregado llave en mano?

—Quizás... Es lo que sospecho, pero no pasa de ser una sospecha.

—¿También su Jefe?

—Creo que no; pero no estaría de más que se lo preguntase.

Ahora el Gran Periodista tenía una expresión de desconfianza, de perplejidad. Dijo:

—Esperaba que no respondiera a mi pregunta, pero la ha respondido; que negase mi sospecha, pero le ha añadido la suya. ¿Qué está pasando? —Su mente, se le leía en la cara, era un complejo mecanismo de exclusiones, correcciones, retrocesos y atascos—. ¿Qué está sucediendo? —repitió angustiosamente.

—Yo diría que nada —y para ofenderlo, añadió—: ¿Ha oído hablar alguna vez del amor a la verdad?

—Vagamente —lo dijo con una ironía desdeñosa, como si aceptar cínicamente la ofensa fuese la única reacción posible: desde arriba, ante su interlocutor de tan bajo nivel.

El Vice corroboró con un «ya veo, ya veo». Y agregó:

—De todas formas espero leer mañana un artículo suyo con todas las sospechas y dudas que, a título de opinión personal, acabo de confirmarle.

El Gran Periodista estaba rojo de ira. Dijo:

—Sabe muy bien que no lo escribiré.

—¿Por qué tendría que saberlo? ¡Aún tengo tanta fe en la especie humana!

—Estamos en la misma barca —un relámpago de renuncia, de fatiga, atravesó su ira.

—No lo crea: yo ya he desembarcado en una isla desierta.

Aquella conversación lo había puesto nervioso, pero el dolor se había alejado: estaba agazapado como un animal —pequeño, feroz, inmundo— en un solo punto de su cuerpo, de su ser. Por tanto, a partir de la última frase de aquella conversación, podía soñar con la isla desierta, como si la estuviese buscando en un mapa impulsado por una antigua fantasía, una antigua memoria, en la medida en que se le habían vuelto antiguas algunas cosas de la infancia, de la adolescencia. *La Isla del Tesoro*: una lectura, como había dicho alguien, que era lo más parecido a la felicidad que cabía encontrar. Pensó: esta noche lo releeré. Pero lo recordaba con precisión, puesto que lo había releído muchas veces en aquella edición vieja y fea que le habían regalado hacía tanto tiempo. En sus traslados de una ciudad a otra, de una casa a otra, había perdido muchos libros, pero no ése. Editorial Aurora: papel amarillento, que al cabo de tantos años parecía haber absorbido y decolorado la letra impresa; en la cubierta, burdamente coloreado, un fotograma de la película; que era en blanco y negro, con un Jim Hawkins más bien melindroso y anodino, y un Wallace Beery inolvidable. Inolvidable también Pancho Villa: después de haber visto esas películas ya era imposible leer el libro de Stevenson o el de Guzmán sobre la revolución mexicana sin que los personajes se presentasen con el físico, los gestos y la voz de Wallace Beery. Pensó en lo que había significado el cine para su generación; se preguntó si podía compararse con sus efectos en la nueva generación, o si la televisión, ese cine empequeñecido, y para él insoportable, podía tener efectos similares.

Regresó a la isla. Y apareció otro personaje: Ben Gunn. Su mente se movía con la misma libertad que si estuviese de vacaciones, dedicada sólo a vagar, y de Ben Gunn, por un detalle que recordó de pronto, pasó a reflexionar sobre la ciencia de la publicidad que inundaba el mundo. También los productos de queso parmesano debían de pagar la ciencia de la publicidad: pero a esa ciencia nunca se le había ocurrido pensar en la tabaquera del doctor Livesey. Imaginó el anuncio que hubiera podido insertarse a toda página: el doctor Livesey ofreciendo su tabaquera abierta; dentro, un trozo de parmesano: ofreciéndosela a los consumidores, como en el relato a Ben Gunn, que se volvía loco por los quesos. «Un queso nutritivo que se fabrica en Italia», decía el doctor, o algo por el estilo.

Entretanto contemplaba *El caballero, la muerte y el diablo*. Quizá Ben Gunn, a juzgar por la forma en que lo describía Stevenson, se pareciese un poco a la muerte de Durero; y hasta le pareció que la muerte de Durero adquiriría un reflejo grotesco. Siempre lo había inquietado un poco el aspecto cansado de la muerte, como si quisiese indicar el cansancio, la lentitud con que llegaba cuando ya se estaba cansado de la vida. Cansada la muerte, cansado su caballo: nada que ver con el caballo de *El triunfo de la muerte* o del *Guernica*. Y la muerte, a pesar de los amenazadores oropeles de las serpientes y la clepsidra, daba más una imagen de mendicidad que de triunfo. «La muerte se va pagando con la vida». Una muerte mendicante, que se mendiga. En cuanto al diablo, también cansado, era un diablo demasiado horrible para resultar convincente. Valiente coartada en la vida de los hombres; hasta tal punto, que en aquel momento estaban tratando de devolverle la fuerza perdida: terapias de choque teológicas, reanimaciones filosóficas, prácticas parapsicológicas y metapsíquicas. Pero el diablo estaba tan cansado que prefería dejarlo todo en manos de los hombres, más eficaces que él. Y el caballero: ¿adónde iba con aquella armadura, aquella firmeza, arrastrando al diablo cansado y negándose a pagar su óbolo a la muerte? ¿Lograría llegar hasta la inexpugnable fortaleza de allá arriba, la fortaleza de la verdad suprema, de la mentira suprema?

¿Cristo? ¿Savonarola? No, no. Quizá dentro de la armadura Durero sólo había metido a la verdadera muerte, al verdadero diablo, que era la vida convencida de que estaba a salvo: por aquella armadura, por aquellas armas.

En medio de esos pensamientos, aunque atravesados por una vena de incandescencia, de delirio, casi se

había adormecido; de modo que el Jefe, al entrar, dictaminó:

—Usted está realmente mal —desde que había percibido su decadencia, su sufrimiento, cuando tenía que hablarle no lo mandaba llamar; el Vice apreciaba esa delicadeza, aunque no sin una pizca de irritación.

—No tanto como quisiera —dijo el Vice: ya estaba despierto, pero también su dolor se había despertado.

—Pero ¿qué dice? —dijo fingiendo escándalo el Jefe, aunque hubiese comprendido perfectamente que el otro quería llegar al punto en que el malestar fuese tan intenso que no sintiera dolor alguno. Pero estaba demasiado contento como para dejarse abatir por otros pensamientos, así que dijo—: ¿Ha visto? ¿Qué le parece?

—Pues sí —dijo el Vice saboreando lentamente la maldad—, algún castigo se merece: además de acusarlo de calumnia contra sí mismo, quizás habría que acusarlo de propagar noticias falsas con objeto de perturbar el orden público...

—Pero ¿qué dice? —Y esa vez no se trataba de una pregunta retórica, sino de un grito salido de las entrañas.

—Digo lo que he dicho desde el primer momento: si nos prestamos al juego de *Los hijos del ochenta y nueve*, si de alguna manera contribuimos a crearlos, esta historia no acabará jamás, se cobrará otras víctimas, y otras más, y no sólo en forma de personas asesinadas, sino también de personajes como el que acaba de caer en sus manos.

—Pero ¿qué dice? —repitió, ahora con tono lastimero y casi implorante— lo que ha caído en nuestras manos es un eslabón de la cadena, y usted quiere que lo abandonemos como si careciese de valor.

—Tiene razón: el eslabón de una cadena. Sólo que se trata de una cadena de estupidez y de dolor, todo lo contrario de lo que usted supone... Tenga la paciencia de escucharme un momento... Este chaval seguirá negando hoy, y quizá también mañana, y durante una semana, o un mes: pero en determinado momento admitirá que formaba parte de una organización llamada Los hijos del ochenta y nueve, una organización revolucionaria, subversiva. Se declarará arrepentido, arrepentidísimo y, con nuestra ayuda, mencionará uno, dos, tres nombres de compañeros, de cómplices... No sé si los escogerá entre sus conocidos más simpáticos o más antipáticos: se trata de un mecanismo psicológico que habría que estudiar... Como quiera que sea, tendremos otros eslabones de la cadena... En estos momentos, como es fácil de imaginar, nuestros agentes están interrogando a profesores, bedeles, dueños de bares y gerentes de discotecas y sandwicherías, neologismo éste que me da repeluznos: una mezcla de «bocadillo» y «porquería». Los interrogan, por supuesto, para obtener la mayor cantidad posible de nombres de personas con las que solía verse este joven... En caso de que, toquemos madera, se empeñase en no hablar, en no dar nombres, en no decir absolutamente nada, los interrogatorios nos proporcionarán tantos que nos bastará con elegir algunos al azar...

—Usted está realmente mal —dijo el Jefe, y luego, con tono afectuoso, compasivo, añadió—: Tómese unas vacaciones; uno o dos meses de excedencia. Tiene derecho; se las concedo enseguida, si quiere.

—Gracias. Lo pensaré.

—La morfina es agradable; hay que tomarla cuando ya no se puede más — le había advertido su amigo médico al entregarle la caja. Agradables los efectos de la morfina, sobre todo después del sufrimiento extremo. Cuanto más fuerte es la tormenta, más grata resulta la calma que sigue. *La calma después de la tormenta, El sábado de la aldea, El gorrión solitario, El infinito*: qué sentimientos grandes y profundos había revelado aquel poeta de feliz infelicidad, con absoluta sencillez, y quizá con imágenes triviales; qué huella indeleble en la memoria de los italianos que ahora podían considerarse viejos: desde los lejanos años de la escuela, y para el resto de la vida. ¿Aún lo leían en la escuela? Quizá sí; pero seguro que ningún chaval sabía sus versos de memoria. *Par coeur*, como decía la profesora de francés cuando distribuía las poesías de Victor Hugo, casi siempre de Victor Hugo. Aún las recordaba: «*Devant la blanche ferme où parfois vers midi Un vieillard vient s'asseoir sur le seuil attiédi...*»; «*Oh! combien de marins, combien de capitaines Qui sont parti joyeux pour des courses lointaines, Dans ce morne horizon se sont évanouis...*»; y ésta ahora, más *par coeur* que nunca. ¡Qué expresión tan bella! Y la traducía «en el corazón, desde el corazón, para el corazón». De pronto descubría que era sentimental hasta las lágrimas. Pero con aquella frase sibilina, contradictoria, de gran sensibilidad, el médico solamente había querido sugerirle que evitara toda posibilidad de acostumbramiento.

Pero ¿cuál es el punto en que no se puede más? Siempre lo desplazaba hacia adelante, como una meta: una meta de la voluntad que rivalizaba con el dolor. Y no por miedo al acostumbramiento, sino por un sentido de la dignidad al que contribuía el hecho de que durante gran parte de su vida se hubiera dedicado a defender la ley, sus impedimentos, sus prohibiciones. Sabía qué era la morfina en la farmacopea, en un hospital, en el maletín de un médico, en la cabecera de alguien que ha llegado al punto en que ya no se puede más, pero no lograba verla del todo en la luz de lo lícito, después de haberla visto durante tantos años en la sombra de la transgresión y del delito. La ley. Una ley, pensaba, aunque sea inicua, siempre es una forma de la razón: para lograr el fin de extrema y definitiva iniquidad, los mismos que la han querido y que la han hecho están obligados a infringirla, a violarla. El fascismo también era eso: conculcar incluso sus propias leyes. Y el comunismo de Stalin también, o más aún.

¿Y la pena de muerte? Pero la pena de muerte no tiene nada que ver con la ley: supone consagrarse al delito, consagrarlo. Una colectividad siempre dirá, por mayoría, que es necesaria, precisamente porque se trata de una consagración. Lo sagrado, cualquier cosa que guardase relación con lo sagrado... El oscuro fondo del ser, de la existencia.

Pues sí, la morfina. Y se le ocurrió una idea curiosa, justamente una curiosidad: saber si en el año en que Tolstoi relatara la muerte de Ivan Ilich ya se conocía la morfina, ese uso de la morfina. ¿1885, 1886? Cabía pensar que ya se lo conocía. Pero ¿se reflejaba en el relato? Le parecía que no. Y eso le produjo una especie de consuelo: quizá Tolstoi había alejado la morfina de su personaje porque sentía lo mismo que él. Y pensando en el relato empezó a cotejarlo con su propia experiencia. La muerte como un quid, un quantum, que vagaba con la sangre, entre huesos, músculos y glándulas, hasta descubrir una pequeña explosión, un punto de fuego, una brasa, primero intermitente, después de dolor continuo y penetrante; y crecía, crecía hasta el punto en que el cuerpo parecía incapaz de contenerlo, hasta desbordarse y cubrir todo lo que había alrededor. Sólo el pensamiento era su enemigo, que lograba pequeñas, momentáneas victorias. Pero había momentos, largos, interminables, en que caía, sí, sobre todas las cosas, deformándolas y oscureciéndolas. Caía sobre todos los placeres que aún le quedaban, sobre el amor, sobre las páginas que amaba, sobre los recuerdos agradables. Porque se apoderaba incluso del pasado: como si hubiese existido siempre, como si nunca hubiera habido una época en que no existiese, una época de salud y juventud en que el cuerpo seguía

el impulso de la alegría, la impulsaba. Sucedió algo parecido a la inflación, pero consistía en un atroz encogimiento: aquel mal iba devorándose despiadadamente los pocos ahorros de alegría que había podido reunir a lo largo de toda una vida. Pero quizá todo en el mundo estaba sucediendo como una inflación: la moneda de la vida se devaluaba diariamente; la vida entera era una especie de hueca euforia monetaria que había llegado a perder todo poder adquisitivo. La cobertura en oro —del sentimiento, del pensamiento— había sido despilfarrada; las cosas verdaderas ya tenían un precio del todo inasequible, en realidad desconocido.

Involuntariamente, se había puesto a ver si de sus pequeños ahorros quedaba algo. Caminaba por la calle que bordeaba el río, deteniéndose de vez en cuando para contemplar cómo fluía el agua fangosa, el tiempo, la vida.

Llegó a la casa de ella muy cansado: sólo tenía que subir un tramo de escalera, vieja escalera de peldaños bajos y gastados; pero ahora cualquier subida lo dejaba jadeante. Lo curioso, sin embargo, era que el jadeo alejaba el dolor. Pensó que tendría que contárselo a algún médico; quizás existiese una terapia de jadeo: ¡descubren tantas...! Pero luego las desmienten, y vuelven a descubrir, y a desmentir. El hecho es que, así como la naturaleza es capaz de componer, a partir de unos pocos elementos, miles de millones de rostros distintos, en una variedad inagotable, lo mismo sucede oscuramente con las vísceras. ¿Qué puede saber de eso un médico? Aunque quisiéramos comunicarle lo poco que sentimos cada uno —sobre el corazón, los pulmones, el estómago, los huesos—, él sólo podría referirlo a las abstracciones, a los universales, aunque lográsemos describirlo con la máxima precisión, como Proust en la sala de espera de un dentista describió su dolor de muelas a Roditi, procurándole el consuelo de descubrir que coincidía con el suyo.

Tocó el timbre: notas de carillón, lejanas; siempre lo irritaban, y más ahora. Al cabo de unos minutos salió a abrirle ella, en bata: sabía que acababa de ponérsela para abrir la puerta. *No vayas desnuda por ahí.* Recordó, hacía muchos años, en un pequeño teatro de Roma (en la vía Santo Stefano del Cacco, donde también estaba su oficina y la del comisario Ingravallo, don Ciccio Ingravallo; las páginas de Gadda le parecían tan veraces que al comisario Ingravallo era como si lo hubiese conocido en aquellas oficinas y no en aquellas páginas), recordó a Franca Rame que se paseaba por el escenario, no desnuda, sino en camisa de dormir: no transparente, porque en aquel entonces incluso la transparencia, para no hablar de la desnudez, podía dar pie a que alguno de sus colegas se pusiera la banda tricolor y obligarse a bajar el telón. Ahora ya no: ahora se desnudan sin problemas, tanto en el teatro como en la realidad; en su infancia desnudarse era considerado el colmo de la locura. «Se desnudó»: motivo suficiente, si llegaba a exhibirse desnudo, para ponerle la camisa de fuerza, meterlo en la ambulancia y encerrarlo en el manicomio.

Ella andaba desnuda por la casa. Algo que, desde luego, como en la obrita de Feydeau, hacía las delicias de los vecinos de enfrente, pero que a él le había provocado arrebatos de celos. Ahora se reía de ello para sus adentros, y por eso se acordó de un *sketch* (de nuevo el teatro) de los hermanos De Rege. Aparecía uno con la cabeza vendada, un brazo escayolado y cojeando, todo por culpa de la *gelosia*^[3]. Y a continuación se desarrollaba un diálogo basado en el equívoco de los celos (*gelosia*) de su mujer, hasta que se descubría que aquellas lesiones no se debían a un sentimiento sino a la caída de una celosía (*gelosia*): elemento concebido quizá para aliviar ese sentimiento homónimo y angustiante, pero que no guardaba relación alguna con él. Un sentimiento que parecía haber desaparecido últimamente, aunque quizás estuviese renaciendo. Sin connotaciones trágicas, al parecer, sino más bien por razones de asepsia.

En medio de esos pensamientos, que no cabía llamar pensamientos pues eran como relámpagos casi simultáneos, en el instante de vacilación que tardó ella en reconocerlo, en su estupor, el Vice se vio como en un espejo. Inexplicablemente, aquello le molestó mucho: como si ella lo hubiese hecho a propósito, uno de sus habituales —antes adorables— desplantes. Duró, junto con el arrepentimiento de haber regresado, sólo un momento.

—Al fin —dijo ella—. Pero ¿de dónde sales? ¿Qué has estado haciendo todos estos meses?

—Primero estuve en Suiza: te escribí...

—Una postal —aclaró ella con tono avinagrado.

—Sí, una postal... Y últimamente en la oficina, con demasiado trabajo.

—¿Los hijos del ochenta y nueve?

—Los hijos del ochenta y nueve y otras cosas.

—¿Y en Suiza...?

—Un control médico. Muy cansador.

—¿Y qué...?

—Nada.

Se le leía en los ojos que no la había convencido; pero tuvo la inteligencia, la delicadeza, el amor quizá, de no insistir. Se puso a hablar de cualquier cosa, aunque siempre en relación con lo que le había sucedido desde que se vieran por última vez, y omitiendo todo reproche por su ausencia, por su silencio.

Él la miraba adivinando bajo la bata ligera aquel cuerpo conocido, que había deseado y amado durante años, y quizá más cuando ella había empezado a sentir que la juventud la abandonaba, que su cuerpo se marchitaba: cuando había empezado a sentirse amenazada y ofendida, como si se tratara de una injusticia, de un vejamen. En él aquello hizo brotar un sentimiento de ternura que nutría su deseo y le confería una suerte de transparencia. Deseo y ternura: la serenidad después de la pasión de los primeros años, cuando sus encuentros tropezaban con toda clase de dificultades y daban lugar a malentendidos y caprichos que desencadenaban verdaderos huracanes de sufrimiento y desesperación. Después acabaron las dificultades, y con ellas la pasión. Desaparecieron aquellas reacciones tortuosas y obsesivas que quizás a ella le producían placer, pero que para él eran como esas enfermedades en que las oscilaciones de la fiebre, la alternancia de delirio y lucidez, van marcando las horas y los días. Sus encuentros siempre eran alegres: la alegría de los cuerpos, la única de la que ambos podían estar seguros; y no necesitaban pedir más: hacían viajes, a veces sin detenerse a fijar plazos e itinerarios, pero cada vez menos en los últimos años. Todo se alejaba, ahora todo era lejano. Le quedaba un sentimiento de ternura, que casi se había convertido en piedad. Era curioso que ahora todo lo que en él había sido sentimiento de amor o de aversión se estuviese transformando en piedad. Y aún más curioso que la memoria transfigurase en belleza aquellos remotos sufrimientos y desesperaciones. Todo mentía, incluso la memoria.

—Pero ¿esos hijos del ochenta y nueve...?

—Estaban haciendo falta —pensó en el diablo del grabado de Dürero—. Es necesario que el diablo exista para que el agua bendita sea bendita.

—Me parece que está más sereno —dijo el Jefe.

—¡Oh, si de serenidad se trata...! Yo diría más bien que casi he llegado, en cuanto a lo que sucede aquí dentro, a la indiferencia... Y perdone que le hable así, con una sinceridad de igual a igual: usted es mi superior inmediato y...

—No diga eso; siempre lo he tratado como un amigo, y comprendo lo que le sucede, sus sufrimientos... Y como amigo deseo hacerle una pregunta franca y clara: ¿qué quiere? De mí, de nosotros, de todos los que estamos metidos en este caso.

—No quiero nada. A estas alturas, nada. Veo claramente que las cosas no pueden marchar de otra manera, que es imposible no sólo dar marcha atrás, sino incluso detenerse.

—Dígame la verdad: usted quería una orden de captura contra Aurispa. —El hecho de que lo llamara Aurispa, y ya no el Presidente, revelaba en cambio que el deseo, el devaneo era suyo: una orden de captura contra Aurispa.

—Mire usted: cuando en otros destinos, por suerte ya no es éste, he tenido que ejecutar órdenes de captura, siempre me he sentido como uno de esos siniestros personajes que, en los vía crucis de las iglesias de campo, se acercan a Cristo para capturarlo. Por innoble que fuese la persona que debía detener, mi estado de ánimo siempre ha sido ése... La orden debía ejecutarse; a menudo, aunque no siempre, era justa: pero nunca he logrado sentir que aquello no me concernía.

—Ese sentimiento lo honra; pero nuestra profesión... Disculpe: ¿por qué no eligió ser abogado en lugar de policía?

—Quizá porque me hice ilusiones de que se podía ser abogado precisamente como policía... Pero no me tome en serio. No es cierto. Mentimos siempre, no hacemos más que mentir, sobre todo a nosotros mismos... De todas maneras, no: no quería una orden de captura contra Aurispa; quería que nos concentráramos un poco más en él, en su vida, en sus intereses. Y sobre todo hubiese querido que se dejara en libertad a ese hijo putativo del ochenta y nueve... ¿Dónde está ahora? Supongo que incomunicado, en una celda de dos por tres.

—¿Dónde quiere que esté?

—Así, entre amigos, si usted permite, y con sinceridad: ¿realmente cree que ese chaval forma parte de una organización subversiva que se ha estrenado asesinando al abogado Sandoz?

—No lo juraría, pero tal como las cosas están ordenadas...

—Desordenadas —corrigió el Vice. Y, para acabar con aquella conversación inútil, añadió—: He seguido su consejo: le he traído una petición de excedencia. Por dos meses. Creo que bastarán.

—¿Para qué? —preguntó el Jefe, dispuesto a prodigar consuelo.

—Para sentirme mejor, claro está.

Fue a su despacho, abrió los cajones del escritorio: cogió unas cartas, el librito de Gide sobre Montaigne, que se sabía de memoria, una cajetilla. Dejó otros cigarrillos, otros libros. Después se detuvo frente al grabado de Durero, dudó entre llevárselo o dejarlo. Decidió dejarlo: se divirtió pensando en lo que sucedería con él; sus sucesores creerían que formaba parte del despacho, como el plano topográfico de la ciudad y el retrato del presidente de la República; después alguien se daría cuenta que era una *res nullius*, se lo llevaría a su casa o lo vendería a un chamarilero, en cuyo local alguien lo descubriría, y así se repetiría el itinerario por el cual las cosas llegan a las subastas más o menos encumbradas, a los aficionados, y después al aficionado. Que quizá sería alguien como él: un aficionado improvisado, inexperto.

Deambuló por la ciudad con una sensación de libertad que le pareció no haber sentido jamás. La vida

seguía siendo hermosa, pero para quienes aún eran dignos de ella. Sintió que no era indigno de ella, y fue como si lo hubieran premiado. Era como para gritar: «Dios os ha dado un rostro y vosotras lo habéis transformado en otro», aunque no como Hamlet a las mujeres, a sus afeites, cremas y esmaltes, sino a todos los seres indignos, a la masa indigna que estaba invadiendo el mundo; como para gritarlo al mundo, que se estaba transformando en eso: en algo indigno de la vida. ¿Pero acaso el mundo, el mundo humano, no había aspirado siempre, oscuramente, a ser indigno de la vida? Ingenioso y feroz enemigo de la vida, de sí mismo; pero al mismo tiempo había inventado muchas cosas amigas: el derecho, las reglas del juego, las proporciones, las simetrías, las ficciones, la buena educación... «Ingenioso enemigo de mí mismo»: Alfieri, de él mismo, de él como hombre; pero también había sido ingenioso amigo, hasta ayer. Sin embargo, como siempre que llegaba al desaliento del hoy, a la desesperación del mañana, se preguntó si aquella amargura por la indignidad en que el mundo se estaba hundiendo no encerraría un rencor por la cercanía de la muerte y una envidia hacia los que se quedaban. Quizá sí, pese a la profusa piedad que sentía por todos los que se quedaban; hasta el punto de que en determinados momentos, en un raptó de maldad, llegaba a repetirse mentalmente, a la manera de los presentadores de los espectáculos que, cuando era adolescente, se representaban en los cines antes de proyectar las películas: «Señoras y señores, que se diviertan»; era como una frase burlona de despedida. Pero la conciencia de que no habría diversión siempre entrañaba, hoscamente, una piedad.

Ahora caminaba por el parque. Allí estaban los niños: tan graciosos, tanto mejor alimentados que en otras épocas (la infancia flaca y hambrienta de los que ahora eran viejos), quizá más inteligentes, y seguro que mucho más informados acerca de todo; sin embargo, le producían una gran aprensión y compasión. Existirán, pensaba, en 1999, en el 2009, en el 2019: ¿y qué les depararía el suceder de aquellas décadas? En medio de esos pensamientos se dio cuenta de que había llegado casi ante la verja de la plegaria, a la que veía como un jardín desolado y desierto.

Se detenía para observar sus juegos, para escuchar lo que decían. Aún eran capaces de alegría, de fantasía: pero les esperaba una escuela sin alegría ni fantasía, la televisión, el ordenador, el coche de la casa a la escuela y de la escuela a la casa, la comida sustanciosa pero siempre con el mismo gusto a papel secante. Ya no tendrían que aprenderse de memoria la tabla de Pitágoras, *La doncellita viene del campo...*, *Bajaba del umbral...*, *Los cipreses que en Bolgheri...*: torturas del pasado. Había que abolir la memoria, la Memoria; y por tanto también aquellos ejercicios que la volvían dúctil, sutil, preñil.

En los pueblos pequeños los niños aún gozaban de la libertad de antes; pero en las ciudades, necesaria y científicamente, todo estaba organizado como un gallinero. Y había quien se disponía a producirlos como monstruos, prodigiosos quizá, para un mundo monstruoso. «Lo que hacemos nosotros», le había dicho cierta vez un famoso físico, «es cultivar rosas y flores, comparado con lo que hacen los biólogos». Se perdió un poco reflexionando sobre la expresión «rosas y flores», como si la rosa, en virtud de la literatura, se separase del linaje de las flores. Las rosas que no cogí, pensó. Pero no es cierto, no es cierto que la vida esté hecha de ocasiones perdidas. No lamentaba nada.

Un perro, un perro lobo de aspecto pacífico y cansado, se había aproximado al cochecito en que un bebé rubio dormía plácidamente. La muchacha encargada de cuidarlo estaba distraída, hablando con un soldado. Instintivamente, se interpuso entre el cochecito y el perro. La muchacha dejó de hablar con el soldado, le sonrió para tranquilizarlo y mirando con ternura al perro dijo que era bueno, viejo y cariñoso. Se alejó y se dedicó a mirar los numerosos perros que andaban por el parque, se le ocurrió contarlos. Había muchos perros, quizá más que niños, que no eran pocos. ¿Y si se contasen los esclavos?, se había preguntado Séneca. ¿Y si se contasen los perros? Entre sus papeles había aparecido un día el horror de un niño despedazado por un alano. El perro de la casa: quizá bueno, viejo y cariñoso como el perro lobo de la muchacha. Con todos aquellos niños corriendo por el parque, y todos aquellos perros que parecían sumarse a sus juegos o vigilarlos, el recuerdo de aquel suceso le produjo una visión apocalíptica. La sintió en la cara como una viscosa, inmundada telaraña de imágenes: movió la mano como para borrarla, augurándose una muerte mejor. Pero los perros estaban allí, demasiados: no eran como los que, por la afición cinegética de su padre, había conocido de niño. Aquellos eran perros pequeños, bastardos de podenco; siempre alegres, meneando el rabo, más excitados por el campo que por la caza. Estos, en cambio, eran altos, graves, como si soñaran con bosques espesos y oscuros, con pedregales inaccesibles. O con campos de concentración nazis. Y, ahora que lo pensaba, cada vez había más por todas partes. Y también gatos. Y ratas. ¿Y si se los contase?

De pensamiento en pensamiento, al irse disipando esa obsesión, pasó a recordar los perros de su

infancia, sus nombres, el valor de unos, la pereza de otros, como decía su padre cuando hablaba con otros cazadores. De pronto se le ocurrió algo que hasta entonces nunca había pensado: ninguno había muerto en la casa, no habían visto morir a ninguno, ni a ninguno habían encontrado muerto en su camita de paja y mantas viejas. A determinada altura de su edad o de su bronquitis se los veía cansados, ya sin ganas de comer ni retozar, y desaparecían. El pudor de la propia muerte. Como en Montaigne. Y le pareció sublime, con la misma fuerza afirmativa del imperativo kantiano, como una modalidad de ese imperativo, el hecho de que una de las más altas inteligencias de la humanidad, deseando que la muerte lo alcanzase lejos de las personas que lo habían rodeado en vida, y mejor en soledad, hubiese meditado y razonado lo mismo que el perro sentía por instinto. Y eso bastó, a través de la gran sombra de Montaigne, para reconciliarlo con los perros.

Al día siguiente, después de una noche más tranquila que las otras, con el dolor que lo despertaba al final de cada sueño en el que algo o alguien lo golpeaba en el costado, en el hombro o en la nuca, pasó la mañana entre periódicos, revistas y libros. El Gran Periodista había escrito un artículo en el que acusaba con dureza a los servicios de seguridad y a la policía de haber dejado que volviese a crecer la mala hierba del terrorismo y de que sólo en la cámara mortuoria, ante el cadáver del pobre abogado Sandoz, hubieran caído en la cuenta; la revista católica *Il Pellegrino* publicaba un largo artículo sobre el maldito 89 y estos benditos hijos que acababan de nacerle. No muy benditos, en realidad, según podía leerse en el artículo: pero desde el momento en que disparaban era preciso concederles alguna comprensión e indulgencia, a cuenta del perdón.

El dolor parecía haberse empañado, podía compararse con algo lechoso, de un blanco sucio. Acabó de releer *La Isla del Tesoro*: todavía seguía siendo algo que se parecía a la felicidad. Estaba por volver a colocarlo en la librería cuando llegó la mujer que iba por las mañanas a acomodar lo poco que había que acomodar. No esperaba encontrarlo en casa: preguntó si se sentía mal o estaba de vacaciones.

—De vacaciones, de vacaciones.

—Pues tiene suerte —dijo la mujer: de madrugada había habido un asesinato; parecía algo grave, ya podía suponer cómo estaba la policía.

Le pidió más detalles, mientras se precipitaba a encender la radio. La mujer dijo que habían matado a un amigo del que habían asesinado la semana anterior, pero no recordaba el nombre.

En el abanico de músicas y voces que desplegaba la radio no había ninguna voz que diese noticias. Apagó.

Para compensar el silencio sobre el homicidio, la mujer se esforzó en recordar el nombre.

—Es el mismo nombre —dijo— que el de un pueblo de la baja Italia.

—Rieti.

—Eso, Rieti —confirmó radiante la mujer.

Y pensó: esta gente sabe las cosas antes de que sucedan. También ella, que no era de la baja sino de la alta Italia, juzgaba con dureza a la policía.

Un amigo del que habían matado la semana anterior, el nombre de un pueblo de la baja Italia: enseguida había pensado en Rieti. De pronto lo agitó un sentimiento, más que de pena, de derrota. Tenía la impresión de estar metido en una de esas novelas policíacas en las que el autor se comporta, con respecto al lector, con una deslealtad excesiva, burda, sin un mínimo de astucia. Sólo que en este caso la deslealtad era un error, un error suyo. Pero ¿había sido también un error de Rieti? ¿O éste le había ocultado la parte de los hechos que le concernían más directamente?

Pasó horas pensándolo, como si estuviese jugando un solitario interminable en el que siempre fallaba algo: una carta que no cabía en ninguna parte, un espacio en el que no podía caber la última carta.

Cuando salió, caía la noche, empapada de niebla. Sin haberlo decidido, como va el mulo a la cuadra —pensó al darse cuenta—, se dirigió hacia la oficina.

Oyó los disparos mucho antes de sentirlos: una separación que le pareció inmensurable. Mientras caía, pensó: se cae por precaución, por convención. Creyó que podía volver a ponerse en pie, pero no lo consiguió. Se incorporó un poco apoyándose en el codo. La vida se marchaba fluida, ligera; el dolor había desaparecido. Al diablo la morfina, pensó. Ahora todo estaba claro: a Rieti lo habían matado porque había hablado con él. ¿Cuándo habían empezado a seguirlo?

El codo ya no pudo sostenerlo, volvió a caer. Vio el rostro bello y sereno de la señora Zorni, que sonreía

malicioso; después vio cómo se disolvía, al final del tiempo cuyo umbral estaba atravesando, en los titulares de los periódicos del día siguiente: *Los hijos del ochenta y nueve vuelven a atacar. Asesinado el sagaz policía que les seguía la pista.* Pensó: ¡qué confusión! Pero ya era, eterno e inefable, el pensamiento de la mente en que se había diluido la suya.



Leonardo Sciascia nació en 1921 en Racalmuto, Sicilia. Estudió magisterio en Caltanissetta y dedicó parte de su juventud a la enseñanza. Posteriormente empezó una brillante carrera periodística para convertirse más tarde en uno de los novelistas italianos más importantes de la posguerra. Murió en 1989 en Palermo, a la edad de 68 años. Su obra, así como su activismo político, estuvieron marcados por una decidida oposición a cualquier manifestación abusiva del poder, y en muchos de sus libros asoman personajes e historias reales.

Notas

[1] En italiano *pulizia* significa «limpieza». (N. del T.) [<<](#)

[2] En francés en el original. *Sotie* es el género dramático francés de farsa, o sátira, de los siglos XIV y XV. (N. del T.) [<<](#)

[3] En italiano *gelosia* significa «celosía» y «celos». (N. del T.) [<<](#)